

PUCK

SIEMPRE PUCK

Lisbeth Werner



PUCK

SIEMPRE PUCK

Lisbeth Werner



PUCK SIEMPRE PUCK

Por LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY.S.A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS AIRES

Título original danés: DET ORDNER PUK — FINT KLARET. PUK

Traducción: Josefina Dalmau.

Cubierta: Badía Camps.

Ilustraciones: R. Cortiella

NOVENA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 7.392 1988 ISBN 84-310-21 1 1 -X

© Carlos Andersen - Kund Meister. Copenhague - Dinamarca.

© Ediciones Toray, S. A., 1988 Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Lito Fisan. S L Jaume Piquet. 7 08017 Barcelona



—No — dijo Karen.

— Sin embargo, habíamos quedado de acuerdo...

— No me apetece...

— ¡Hum!

Puck se frotó las manos y levantó la mirada hacia la litera superior a la que ella usaba y en la cual Karen, reclinada, miraba el techo. Conocía suficientemente a su amiga como para saber que era

inútil tratar de convencerla.

— Bien — dijo —, en tal caso deberé proseguir sola mi triste camino.

Tal vez Karen se sintiera ofendida por el hecho de que Puck no insistiera, ya que una cosa es estar de malhumor y otra muy distinta darse cuenta de que no se es imprescindible...

Se pasó un chal por el cuello y se tomó tiempo para reflexionar.

— Francamente, estoy un tanto desilusionada —dijo al cabo. Pero su voz no era muy persuasiva.

— Annelise ha ido a dar un paseo en coche con su prima americana y Lilian está escribiéndole una carta a sus padres. Todo estaría bien si nosotras pudiéramos ir a cabalgar como convinimos.

Karen se volvió de lado:

— Si quisieras dejarme en paz de una vez... —dijo con voz dura—. Estoy en mi derecho de cambiar de opinión, no soy tu esclava, creo...

La puerta se abrió en aquel instante y entró Inger. Habiendo oído la última frase de Karen, miró a Puck asombrada.

— No — respondió ésta, con dulzura —, no lo eres, y confío en que te des cuenta, cuando se te pase el enfado, de que si me siento decepcionada es porque me gusta tu compañía.

Saludó a Inger con una inclinación de cabeza y salió del cuarto. Inger se acercó a la ventana. Desde el parque le llegaban alegres voces, el sol otoñal dibujaba un rombo de luz en el suelo...

Inger suspiró y dijo:

— Será preciso esforzarse en estudiar un poco...

Abrió un libro y estuvo ojeándolo un rato. Era difícil concentrarse en la lección, incluso para alguien tan aplicado como Inger. Las alegres voces y el sol otoñal y dorado no eran los únicos responsables de ello...

El mal humor de Karen venía ya durando desde hacía más de una semana y forzosamente pesaba en el ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas», nombre que las chiquillas daban a su cuarto. Inger era equilibrada, razonable, generalmente contenta y alegre. Puck acostumbraba a apasionarse tanto por las cosas que la rodeaban que no tenía tiempo de aburrirse. Y lo mismo podía decirse de Navio — su verdadero nombre era Lise Sommer—, la hijita de un capitán de la marina mercante, de cabellos tan rubios que parecían blancos, y

que siempre manifestaba desbordante entusiasmo.

Karen, por el contrario...

Inger la observó y finalmente le propuso:

— ¿Y si diéramos juntas un paseo?

Karen la miró, a través de los barrotes de su cama, y sus ojos enrojecidos revelaban un reciente llanto.

— ¿Con esta cara? —exclamó.

— Bajaremos sin hacer ruido y saldremos al campo — dijo Inger sonriente.

— No —contestó Karen—. Prefiero que nos quedemos aquí.

— Como quieras.

En el corredor sonaron rápidos pasos. La puerta se abrió bruscamente y apareció Navio.

— ¡Oh! —exclamó casi sin aliento—. Jamás me había sucedido nada tan «formidablemente palpitante».

— ¿Qué ha ocurrido. Navio? —preguntó Inger.

— Annelise proyecta un gran concurso hípico —anunció Navio.

— Pero eso ya nos lo dijo ayer Annelise... ¡Es una vieja noticia!

— No por ello menos palpitante... Pero, bien, no hablemos del asunto si os parece.

Entonces vio a Karen y exclamó:

— Hola, señorita Jessen.

Karen no contestó a su saludo.

— Vaya, ¿acaso soplan malos vientos? —preguntó Navio.

— No ocurre nada — dijo Karen —, pero quiero que me dejéis en paz.

— Nada de eso —exclamó Navio—. ¡Hay que tratar de disipar tu malhumor de una vez, si es posible! He visto a Puck salir sola a pasear a caballo y estaba triste. »¡No podemos permitir que esas cosas ocurran en el “Trébol de Cuatro Hojas”!

— ¡Ocúpate de tus asuntos! —gritó Karen—. Si me apetece quedarme en la cama, estoy en mi derecho.

— ¡No! —repuso Navio—. Estamos aquí para ayudarnos mutuamente. Llevo varios días observándote, Karen. Vamos, suelta de una vez lo que te preocupa.

Karen se volvió de cara a la pared.

— Di, ¿qué es lo que tienes? — repitió Navio.

— Nada...

— ¿No se tratará... de lo de siempre?

Karen se sentó de pronto en la cama.

— Sí —exclamó con violencia—. ¡Es la eterna historia! Y si vosotras tuviérais dos dedos de frente me comprenderíais. Tú, Inger, tienes unos padres maravillosos, que te escriben muy a menudo, que se acuerdan de ti. Tú, Navio, tienes un padre encantador que, aunque navega lejos, piensa en ti constantemente y viene a verte siempre que puede. En cuanto a Puck, es sólo cuestión de tiempo el que su padre regrese de Chile y viva con ella. Pero yo...

— Tienes a tu madre — objetó Navio.

— ¡Vaya! — respondió Karen con sarcasmo—. ¿La tengo?

— Bien, reconozco que no tienes noticias de ella con frecuencia, que la ves muy poco, pero de todos modos... Todos los alumnos que estarnos aquí lo estamos porque, por una u otra razón, nuestros padres no pueden ocuparse de nosotros. Es cierto que...

Navio se quedó callada. Comprendía los sentimientos de Karen. Sus padres estaban separados, nadie sabía el paradero del padre... Y en cuanto a la madre, viajaba continuamente y escribía a su hija muy de tarde en tarde. Parecía querer desentenderse de ella, independizarse, vivir sola... Pagaba puntualmente la pensión de Karen en el colegio, y no se preocupaba de nada más. Pero aquello no bastaba a Karen, ni mucho menos.

— ¿Qué es lo que es cierto?

— Que tú te hallas en una situación penosa —reconoció Navio con franqueza—. ¿Qué piensas de ello, Inger?

Inger se aclaró la voz nerviosa. Temía lastimar a Karen. Pero, por otra parte, pensaba que tal vez fuera conveniente abrir el abceso.

— ¿Tu madre ¿piensa regresar? — preguntó.

Karen negó con la cabeza.

— ¿Has recibido carta de ella últimamente?

De nuevo Karen negó.

— Hace mucho que no sé nada — dijo —. ¡Mientras no le haya sucedido algún accidente!

— ¿Dónde está?

— En su última carta, me decía que se hallaba en Roma y que había comenzado a escribir una novela. Interesante, ¿verdad? ¡Ah, si un día llegara a ser una autora célebre! Es muy inteligente.

— Cuando menos lo esperes recibirás una carta — dijo Inger—. No tienes por qué atormentarte de esa manera...

— No puedo evitarlo.

Los ojos de Karen se llenaron de nuevo de lágrimas. Navio intervino.

— Deberías apresurarte a ponerte el traje de montar e ir a reunirse con Puck.

Karen dudó un poco aún, pero luego salió de la cama.

— ¡De acuerdo! — dijo, esforzándose por aparentar buen humor.

Poco después se encaminaba hacia la Gran Granja.

Navio se reclinó en su litera y suspiró profundamente.

— ¿Qué ocurrirá con Karen? Si su madre no da pronto señales de vida, volverá a ser la chica amargada y hosca de antes.

— ¡Me temo que no podemos hacer nada! No podemos obligar a su madre a volver y de su padre no sabemos nada; Karen no habla jamás de él.

— ¿Desde cuándo viven separados?

— Hace tres años, creo.

— ¡Pobre Karen! Decididamente su vida no es agradable.

— Tal vez podríamos hablar de ello al señor Frank — propuso Inger —. Seguramente nos ayudará. Cuando venga Puck se lo consultaremos. Ella es quien más confianza tiene con el director, e incluso con la señora Frank. Pero, ahora, callemos. Necesito estudiar.

* * *

— Me parece que «Blis» te ha echado de menos.

— Eso espero — respondió Puck —, porque yo a él lo he añorado muchísimo.

Acarició el cuello del caballo. Resultaba delicioso hallarse de nuevo en la silla, pero su pierna rota, a consecuencia de un desdichado accidente, no respondía del todo bien aún y el médico le había recomendado prudencia.

Sentadas en una verja, Annelise y su prima americana Jennifer Turner, que acababan de tomar su diaria lección de equitación, contemplaban las maniobras de Puck y comentaban su estilo.

— Es una pena que debas regresar a América tan pronto — dijo de pronto Annelise a su prima—. Me gustaría que pudieras quedarte.

Jennifer rió.

— ¿Y mis pobres padres? ¿Y mis estudios?

— Aquí tenemos un excelente colegio. ¿No crees que puedes muy bien pasarte sin Texas?



Jennifer contempló el encantador paisaje de Sjaelland, con el brillante lago Ege, los bosques dorados y los bellos campos cultivados. Sacudió la cabeza.

— Creo que echaría de menos los grandes espacios — dijo —. Los Estados Unidos te entusiasmarían.

— ¿De veras? Pues tendré que visitarlos. Hablaré a papá de ello. ¿Coméis salchichas a menudo?

Jennifer rió de nuevo. Como siempre, Annelise saltaba de un tema a otro sin coherencia alguna.

— Sí, a menudo comemos salchichas entre dos rebanadas de pan, con mostaza, pepinos, cebollas crudas. Y bebemos «Coca-cola».

— Oh, qué apetitoso... ¿Hay pieles rojas en Texas?

Puck detuvo su montura y saltó al suelo. Apenas llevaba media hora cabalgando, pero no quería fatigar su pierna. Annelise y Jennifer se acercaron a ella.

— Hay que organizar un concurso hípico — dijo Annelise—. Trataré de convencer a papá para que establezca premios. Karen y Bill podrían participar también... Bill se hallará pronto restablecido de su accidente.

— Caoba está siempre pidiendo que le enseñemos a montar — dijo Puck —. ¿No es ésa una buena ocasión para complacerle?

— ¿Quién es Caoba? — preguntó Jennifer.

— Es un chico de nuestra escuela, muy amable. En realidad se llama Karl Schultz, pero como su pelo es del color de la caoba... Muchos en el pensionado tenemos apodos...

— Es verdad — dijo Annelise —. Tenemos a Uva Seca, Cavador, Alboroto... No sé por qué yo no tengo apodo. ¿Cómo podría llamarme? ¿Entramos en casa para tomar té? ¿Quieres que me ocupe de «Blis», Puck?

Ésta rió:

— Trataré de contestarte por orden. En primer lugar no sé cómo podrías apodarte; en segundo, sí, gracias, tomaré con gusto una taza de té, y en tercer lugar, no, gracias, yo misma entraré a «Blis» en la caballeriza. ¡Buf! Es agotador seguir el curso de tus charlas, Annelise...

— ¡Es porque con las muchas cosas que tengo por decir nunca tengo bastante tiempo! — respondió Annelise con amplia sonrisa.

— Me parece — comentó Jennifer — que tu apodo debería ser «Talkie». Supongo que sabéis que talk significa «hablar» en inglés.

Annelise alargó la mano como para golpear a su prima.

— ¡Cuidadito! —dijo—. También yo trataré de hallarte a ti un apodo... y estará relacionado con las pecas de tu nariz. ¿Cómo se dice pecas en inglés? ¿Qué queréis tomar con el té? ¿Queso o mermelada? ¿Y tostadas? Habrá que organizar el concurso hípico en cuanto Puck pueda montar bien.

Y echó a correr hacia la casa, mientras Puck y Jennifer la seguían corriendo.

* * *

El señor Herbert Dreyer levantó la vista de su periódico y miró a las tres muchachitas que devoraban las tostadas y las pastas servidas con el té, mientras charlaban animadamente.

— Es curioso que «Smoky» tire siempre la valla con sus patas delanteras — comentaba Annelise—. Si consiguiera levantarlas un poco más...

— ¡Necesita más aire! — comentó Puck.

— ¿Qué significa eso? —preguntó Jennifer.

— Quiero decir que hay que aflojar las riendas, lo cual resulta muy difícil ya que, al mismo tiempo, al acercarse al obstáculo, hay que mantenerlas firmes. Pero justo un instante antes de saltar hay que aflojarlas, «darle aire»...

— También es bueno darle una palmadita en las ancas — dijo Annelise —. ¿No queréis más pasteles, chicas? ¿De qué te ríes, papá?



—No me río —contestó Herbert Dreyer—. Estoy aprendiendo a montar mis propios caballos. Resulta muy instructivo escucharos, hijitas...

— ¡Bah! Te burlas de nosotras...

— ¡No! ¡Estoy admirado por vuestros conocimientos!

El señor Dreyer dobló el periódico y empezó a llenar su pipa.

— Supuse que Karen vendría hoy — dijo —. Me gusta verla. No sé por qué, pero tengo una gran simpatía por esa chiquilla. Es encantadora.

Puck inclinó la cabeza, pero no dijo nada. Annelise comentó:

— Sí, ¿por qué no ha venido, Puck?

— Pues... No ha podido...

—¿Está aún de mal humor? —preguntó Annelise—. Es terrible con sus accesos de melancolía.

— Tiene preocupaciones, sin duda —dijo Herbert Dreyer—. Hay que ser tolerante con los estados de ánimos de los demás, hijita. A veces se tienen quebraderos de cabeza que los demás ignoran.

— Karen echa de menos a su madre — explicó Puck —. Apenas nunca tiene noticias suyas.

El señor Dreyer echó una bocanada de humo.

— Es natural. Pero me pregunto...

No terminó su frase, porque no le pareció oportuno comentar con aquellas chiquillas las desavenencias conyugales de los padres de Karen. Tirando de la pipa, siguió reflexionando. ¡Si alguien pudiera ayudar a Karen! Era realmente encantadora y se alegraba de que finalmente ella y Annelise se hubieran convertido en buenas amigas.

Se levantó y salió al jardín, donde la señora Dreyer estaba trabajando. Como siempre que se le presentaba algún problema, el primer impulso de Herbert Dreyer era ir a comentarlo con su esposa.



El señor y la señora Frank regresaban de un largo paseo por el lago, cuando Puck les salió al encuentro. Era casi hora de acostarse y había luz en casi todas las ventanas. Muy pocos alumnos permanecían todavía en el parque.

— ¡Vaya! — exclamó el director— ¿Qué haces aquí a estas horas, Puck, diablillo de los bosques?

— Estaba... paseando — dijo Puck riendo.

— Pero estás preocupada por algo, ¿verdad? —exclamó la esposa del director—. Te conozco bien, amiguita. ¿Quieres hablarnos de alguna cosa en especial?

— Sí...

—¿Cuándo? ¿Ahora?

Puck afirmó con la cabeza. Después de una charla con Inger y Navio, Puck había decidido ir a hablar con el director y su esposa del asunto de Karen, que estaba de peor humor cada día, lo que repercutía en sus estudios y en el ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas».

— Entremos en mi despacho — propuso el director —. Tal vez encontremos en alguno de mis cajones un trozo de chocolate...

Poco después, los tres estaban sentados en el acogedor despacho del director, en cómodos sillones, y rodeados de libros.

— Bien — dijo el señor Frank —, ¿de qué se trata?

— Es un poco difícil —murmuró Puck—. Es que Inger y Navio... Quiero decir Lise... Bien, pues, ellas y yo, desde hace algún tiempo, hablamos de...

— ¡De Karen! — concluyó el director.

Puck le miró con asombro:

— Sí, pero ¿cómo...?

— No estoy ni ciego ni sordo —respondió alegremente el director—. También yo he estado pensando mucho en Karen. Quizás entre todos podamos hacer algo...

Puck sacudió la cabeza.

— Me temo que no —dijo—. Karen está cada vez más y más triste. Si se tratara de un capricho, no le haríamos caso. Pero esta vez es algo más serio.

— ¿También en la habitación está hosca y malhumorada?

Puck inclinó la cabeza.

—Siempre. Y por mucho que nos hemos esforzado no conseguimos animarla...

—¿Quién podría conseguirlo?

—Sólo su madre — contestó Puck.

El director miró a su esposa, gravemente. Hubo un silencio. La señora Frank se acercó a Puck.

— Cree que nosotros hemos hablado mucho de esto, Bente. Pero consideramos que no debemos mezclarnos en las vidas de los demás. La madre de Karen viaja mucho y sin duda no ha podido venir a visitar a su hija en los últimos tiempos. Nada podemos hacer al respecto...

— ¿Y si le escribiéramos diciéndole cómo la añora Karen? - preguntó Puck.

La señora Frank se encogió de hombros y se acercó a la ventana. En aquel momento sonó el teléfono y el director lo descolgó.

— Sí, soy yo. Buenas noches, señor Dreyer... Ah, muchas gracias. ¿Hacia las siete? Estupendo, ¿verdad?

Y colgó.

— El señor Dreyer nos invita a tomar el té en su casa mañana por la tarde. Aceptamos, ¿verdad?

— Desde luego — dijo su esposa.

Puck se levantó.

— Perdonen que les haya molestado con esta historia —dijo—,

pero estamos todas tan desoladas...

— No nos has molestado en absoluto —aseguró el director—. Me alegra que nos tengas confianza para contarnos tus preocupaciones. Trataremos de reflexionar en lo que puede hacerse por Karen. Buenas noches, Puck.

Puck se sentía un tanto decepcionada al encaminarse a su cuarto. Había esperado un resultado más satisfactorio de aquella entrevista con el director, una solución definitiva. ¿Y si ella escribiera directamente a la señora Marianne Jessen contándole que su hijita se estaba muriendo de nostalgia? ¿Por qué las personas mayores lo complican siempre todo? O al menos ¿por qué suelen limitarse a dejar que las cosas ocurran sin intervenir?

En el «Trébol de Cuatro Hojas» las otras tres muchachitas se preparaban para acostarse. Puck e Inger intercambiaron una rápida mirada.

Puck se encogió de hombros para indicarle que no había nada nuevo.

Poco después las cuatro estaban acostadas. La vigilante señorita Holm se asomó por la puerta.

— ¿Todo va bien? —preguntó, con su acento alegre, pero enérgico.

— Sí — respondieron las chiquillas.

La señorita Holm les sonrió diciendo:

— ¡Entonces, buenas noches!

— Buenas noches, señorita...

La puerta se cerró de nuevo y los pasos de la señorita Holm se perdieron por el corredor.

— Quería leer un poco antes de dormirme — comentó entonces Navio —, pero tengo demasiado sueño. Además, la historia que estoy leyendo es boba...

— ¿Por qué?

— Trata de un hombre que se ha separado de su mujer...

Se detuvo bruscamente, consciente de haber sido inoportuna.

— ¡Ya os lo digo! Bobadas — concluyó.

Desde la litera de Karen, surgió una voz amarga:

— Puedes seguir contando la historia, Navio... No te preocupes por mí.

— Navio no ha querido entristecerte, Karen — dijo Inger.

— Claro que no —dijo Navio—. Perdona, Karen.

— ¿Creéis acaso que soy un bebé a quien no puede hablarse de ciertas cosas? —exclamó Karen— Os lo voy a contar todo sobre mis padres, os diré por qué razón se separaron.

— No tienes por qué —dijo Puck—. No somos curiosas...

— Prefiero que lo sepáis — dijo Karen, en voz calmada, pero dura—. Papá tenía una buena posición como armador y vivíamos cómodamente instalados en Hellerup. Oh, qué felices éramos... Pero papá y mamá empezaron a discutir... Siempre había mucha gente en mi casa, dábamos grandes banquetes, recepciones, fines de semanas... Un día mis padres me dijeron que habían decidido separarse. Que papá iría a América y que mamá viajaría. Pero no habían decidido aún con cuál de los dos me quedaría yo. Así que me preguntaron con quién prefería... A mí me hubiera gustado quedarme con ambos...

Hubo un corto silencio. Después Karen prosiguió:

— Al cabo se convino que yo quedaría confiada a mamá, y papá se fue. Ignoro dónde está. Tal vez en los Estados Unidos, tal vez en Canadá... O en el Asia... Cuando mamá salió de viaje, me envió aquí. De modo que, al fin y al cabo, me he quedado sin ninguno de los dos...

— Sí; con tu madre...

— ¿Tú crees? —exclamó Karen con amargura—. No lo había notado.

— Te escribe de vez en cuando...

— Sí... Postales... Pero ¿qué es esto cuando lo que yo quiero es vivir con mis padres?

Después de un breve silencio, Karen se volvió de lado.

— Bien, ya os lo he contado — concluyó tristemente —. Ahora, buenas noches.

— Buenas noches.

Un pesado silencio reinaba en el cuarto. Se escucharon de nuevo los pasos de la señorita Holm en el corredor. Puck contemplaba el techo en penumbra. ¡Sí, era fácil comprender la amargura de Karen!

Pero había que encontrar una solución, ¡la que fuera! Puck se cubrió con la manta y entonces pudo escuchar los sollozos de Karen. ¡Ah, qué difícil era todo! Y nadie, nadie quería ayudarlas... Rezó distraídamente, porque sus pensamientos estaban ocupados por

Karen, tan sola, tan abandonada...

* * *

En su despacho, el director decía a su esposa:

— Como sabes, he escrito muy a menudo a la señora Jessen tratando de convencerla de que visitara a su hija... pero nunca lo he conseguido.

— Deberemos intentarlo una vez más —propuso la señora Frank.

— ¡Este asunto empieza a irritarme! Pobre Karen... Su madre trata de consolarse de su fracaso matrimonial viajando, y poco a poco se irá alejando de su hijita... Sabe que aquí está bien cuidada y con eso le basta...

— ¿Y el padre de Karen?

El señor Frank se encogió de hombros.

— No sé nada de él, salvo que es muy rico, lo mismo que su esposa. Lo cual demuestra que el dinero no da siempre la dicha. Pero todo esto no conduce a nada. Me ha conmovido el que Puck haya venido a hablarnos de Karen... Debe de ser grave la situación, dado que las otras tres chiquillas se han dado cuenta... Pero ¿cómo ayudarlas? Si escribo a la señora Jessen diciéndole que Karen tiene problemas, ella se limitará a darme de nuevo la dirección del abogado de Copenhague que se ocupa de sus asuntos...

El director se acercó a la puerta.

— Acostémonos ahora — dijo —. Tal vez mañana veamos mejor las cosas. Lo comentaré con Dreyer... Él es un hombre sensato y quizá nos dé un buen consejo. No estaré tranquilo hasta haber conseguido hacer ver a la señora Jessen que tiene una enorme y grave responsabilidad...

* * *

Los comienzos de Caoba como jinete fueron muy divertidos. De algún modo u otro. Alboroto y Cavador se habían enterado del gran conocimiento. Puck no podía comprender cómo aquel par de granujillas se enteraban siempre de todo, por mucho cuidado que se pudieran en guardar el secreto.

Caoba había decidido con Puck y Annelise que iría en bicicleta hasta La Gran Granja, la tarde del día siguiente para recibir su bautismo como jinete.

— Pero no tengo traje adecuado — se había lamentado.

— No importa —dijo Annelise—. Tráete las botas de lluvia por

el momento. Después puedes pedirles a tus padres un par de botas de montar. Bastará con que se lo digas en tu próxima carta.

— Eso es lo que tú crees — había suspirado Caoba —. No, no es tan fácil para nosotros...

— Bien, no importa. Lo esencial es que montes a caballo.

— Lo que deseo es que nadie se entere hasta que ya sepa montar un poco — concluyó Caoba —. De lo contrario se burlarían de mí...

Annelise y Puck prometieron tener callada la boca, y estaban convencidas de que nadie en el pensionado estaba al corriente de la nueva. Sin embargo, Alboroto y Cavador habían conseguido enterarse, Dios sabía cómo, y mientras Caoba se dirigía en bicicleta hacia La Gran Granja ellos estaban deliberando qué provecho podían sacar de la situación.

Caoba no tenía de ellos la menor sospecha y se sentía encantado ante la posibilidad de ser iniciado en semejante deporte. Annelise y Puck le estaban esperando, junto al indispensable Jensen, el cual ya había ensillado el más dócil animal de las caballerizas, encantado ante la idea de tener un nuevo alumno.

— Sobre todo no te asustes — dijo a Caoba —. Te pondremos en la silla y tú tratarás de conservar el equilibrio. Coloca los pies en los estribos, así, tomas las riendas, así, y avancemos al paso.

El caballo empezó a dar vueltas por la pista. Como se diera perfecta cuenta de la falta de experiencia de su jinete, no hacía esfuerzo alguno. Desde la valla, Puck y Annelise seguían la escena con interés. Jennifer se les acercó también.

Caoba estaba lejos de sentirse tranquilo.

El caballo le parecía increíblemente alto, mucho más de lo que nunca hubiera supuesto. Por otra parte, los movimientos de su montura eran mucho más fuertes de lo imaginado. Se balanceaba de un lado al otro y sus piernas parecían incapaces de sostenerle.

¡Sus grandes sueños de saltar por encima de los árboles se esfumaban por momentos!

— Bien, no está mal — decía entonces Jensen —. Baja ahora los talones para apretar mejor los flancos del caballo con tus pantorrillas. Siéntate en la silla. ¡Siéntate, te digo!

— Sí, pero...

— ¡Siéntate! —gritó furioso Jensen, que acababa siempre por perder la calma cuando daba lecciones de equitación.

Caoba comprendió que debía obedecer, pero se sentía asustadísimo.

— Bien, eso está mejor — aprobó Jensen.

En aquel momento, se escucharon risas burlonas procedentes del lugar donde estaban las tres chiquillas y Caoba pensó que se estaban riendo de él. El rubor inundó sus mejillas.

— ¡Basta! — gritó Jensen. Y el caballo que conocía esta orden se detuvo tan bruscamente que el pobre Caoba estuvo a punto de saltar por encima de la cabeza del animal.

— Acaricia el cuello del caballo, vamos...

Caoba obedeció, mientras se preguntaba si las chicas estaban aún riéndose. Las miró de reojo, pero ni Puck, ni Jennifer ni Annelise parecían estar riendo. Le hicieron gentiles señales de aprobación.

— Bien —dijo Annelise—, ¿qué te ha parecido? ¿Le pedirás las botas a tu padre?

— No sé —murmuró Caoba, cuya moral estaba bastante en baja en aquellos momentos.

Tenía la impresión de haberse embarcado en una aventura en la cual se arriesgaba mucho. Lo único que deseaba era tomar su bicicleta e irse lejos. Había cambiado de opinión en lo referente a aprender a montar a caballo. Todo el mundo podía cambiar de opinión, ¿no?



Diría simplemente a Annelise y a Puck que, pensándolo bien, no deseaba proseguir las lecciones. Diría que... le atraía más el fútbol, por ejemplo.

Caoba ya había tomado esa decisión cuando se produjo m

incidente imprevisto.

Violentos gritos procedentes de la granja resonaron y, cuando Jensen, las chicas y Caoba volvieron la cabeza, vieron a Cavador y Alboroto cabalgando sobre sendas ramas de árboles y gritando:

— ¡Arre, arreee...!

Ambos sostenían látigos multicolores y dieron la vuelta a la pista al galope.

— Arre, arre —gritaba Alboroto.

Puck, Annelise y Jennifer estallaron en sonoras carcajadas, mientras Jensen les miraba con la boca abierta y Caoba estaba a punto de desmayarse.

— Arre, arre...

Alboroto daba tales saltos, que el caballo montado por Caoba, generalmente muy tranquilo, se asustó de tal modo que su joven jinete, de no haberse agarrado a las crines, se hubiera caído al suelo.

— Tranquilo, tranquilo —decía Jensen—. Ese par de granujas...

Alboroto y Cavador olvidaron sus ganas de bromas dándose cuenta de la gravedad de la situación. El caballo de Caoba salió disparado al galope y nadie podía esperar atraparlo.

Caoba se mantenía en la silla y su único pensamiento era el de poder permanecer en ella, costara lo que costara.

Felizmente, en el primer momento de sobresalto se había agarrado con fuerza a las crines del animal, sin acordarse de sujetar las riendas, lo cual hubiera sido un grave error ya que el animal, asustado, se hubiera encabritado más y más.

Detrás de sí, Caoba oía los gritos roncós de Jensen. Se daba cuenta de que el animal empezaba a dar vueltas en círculo, y eso le tranquilizó. Al cabo de un rato, el galope se detuvo, el caballo se paró bruscamente y el muchacho, saltando limpiamente por encima del cuello del bruto, fue a dar al suelo.



Ante su enorme sorpresa, pudo levantarse sin mayores daños. Mientras se sacudía la tierra de sus ropas, llegó Jensen, quien tomó las riendas firmemente, sujetando al caballo. Un poco más lejos pudo ver a sus compañeros, que le contemplaban con los ojos redondos por el susto pasado.

Caoba experimentaba cólera y furia.

—¡Déjeme montar de nuevo! —gritó a Jensen.

— De acuerdo — dijo éste, cuya inquieta expresión se cambió por una amplia sonrisa—. Sube, te ayudaré.

Y de nuevo Caoba se encontró en la silla.

Respiraba profundamente. Los demás llegaban. Podrían reírse de él, pero nadie diría que había tenido miedo.

Puck fue la primera en llegar a su lado.

— ¡Formidable! —gritó—. Has salido muy bien del apuro.

— ¡Bravo! —gritó Alboroto—. Nos rendimos. ¡Has ganado!

— Sí — dijo Annelise —, ha sido perfecto.

La asombrada expresión de Caoba iba de un rostro a otro.

— Creo —dijo Jensen— que tenemos el derecho de declarar que la lección de equitación ha terminado por hoy.

— ¿Y cuándo podré volver a montar? —se apresuró a preguntar Caoba.

Su propia pregunta le dejó asombrado. El galope imprevisto hubiera debido quitarle del todo el deseo de aprender a montar, pero había sido todo lo contrario. De ahora en adelante, no tendría otro deseo que aquél.

— Has hecho muy bien de volver a montar en seguida — dijo Puck —, de lo contrario te hubiera quedado miedo. ¿Sabías que un buen jinete ha de ser desmontado por lo menos diez veces? Ya no te queda más que volver al colegio para escribir a tus padres pidiendo las botas.

— Sí, es cierto — dijo Caoba —. Mientras se dejen convencer...

— ¿Y si no se dejan? — preguntó Puck.

— Tendré que hacer economías, aunque tenga que renunciar a los pasteles de Bose.

— ¡Estupendo! — aprobó Puck—. Tienes corazón de auténtico caballero.

— Bueno... —respondió modestamente Caoba—. Lo que pasa es que hay situaciones en las que uno no puede actuar más que de una forma.

—No lo creas, Caoba; otros muchos, en tu lugar, no habrían sabido estar a la altura de las circunstancias.

— Yo puedo afirmar —intervino el señor Jensen— que los jinetes que actúan como vuestro amigo ha respondido, acostumbran a destacar luego en el difícil arte de la equitación.

Puck palmeó el hombro de Caoba y sonrió al decirle:

— Ahora has empezado a conocer los caballos. Dentro de poco, los caballos se alegrarán de haberte conocido a ti.

Todos rieron, y el que más divertida encontró la frase fue el propio Caoba.

Había comprendido que lo primero que hay que hacer para dominar una dificultad es aprender a enfrentarse a ella sin temerla.

— ¡Yo no temo los caballos! ¡Soy su amigo!



— Tome un cigarrillo, Frank... ¿O prefiere encender su pipa? Puede probar ese tabaco que un amigo me ha traído de Inglaterra.

El propietario Dreyer tendió la caja al director Frank y encendió un fósforo. En el salón de invierno, la señora Dreyer y la señora

Frank hablaban con animación.

—Deseo pedirle un consejo — dijo el señor Dreyer —. A veces uno se siente confuso y...

El señor Frank rellenoó cuidadosamente su pipa y miró al dueño de la casa.

— Bien...

— No, no se trata de Annelise — dijo Dreyer —. No hemos tenido más dificultades con ella desde que está en el pensionado. Se trata de Karen...

La sorpresa del director fue tal que estuvo a punto de dejar caer la pipa.

— Sí — dijo Dreyer, imperturbable —. Viene aquí a veces a montar a caballo y es una niña encantadora. Pero desde hace algún tiempo parece haber perdido toda su alegría, todas sus ilusiones... Ya sé que no es asunto mío. Pero, me siento confuso como antes dije, y me propuse hablarle de ello en cuanto le viera a usted. ¿Qué es lo que la atormenta? ¿La separación de sus padres? Pero, sin duda, el padre o la madre deben ocuparse de ella...

El director Frank se encogió de hombros:

— Lo triste es justamente que nadie se ocupa en realidad. Creo que el padre eslá en América.

— Pero la madre, ¿no viene a verla? ¡No puedo comprender cómo existen padres que se desentienden de sus hijos! Por mi parte no podría vivir sabiendo que Annelise no está cerca de mí...

— No todo el mundo es igual — dijo el director Frank —. Crea, conocemos casos de todo, en Egeborg. Ayer estuvimos mi esposa y yo hablando de Karen; nos sentimos bastante perplejos, ya que hemos escrito repetidamente a la señora Marianne Jessen, pero...

— ¿Cómo ha dicho que se llama?

— Marianne Jessen, de soltera Berg. ¿O Boegh? No lo recuerdo bien. En todo caso se trata de una familia muy conocida de Copenhague.

Herbert Dreyer se levantó y se acercó a la puerta que daba al jardín de invierno.

La señora Dreyer miró sonriente a su marido, quien le preguntó:

— ¿El nombre de Marianne Jessen no te resulta familiar, querida?

— Sí — respondió la señora Dreyer —, es la persona que

conocimos en Lugano. Hicimos juntos una excursión... Incluso nos hemos escrito varias veces desde entonces. Una señora muy amable... ¿Por qué?

E! señor Dreyer asintió:

— Sí, lo recuerdo. Escuche, Frank, creo tener la solución de nuestro problema. Marianne Jessen..., sí, naturalmente. Una mujer bonita. Y con muchas cualidades. Recuerdo ahora que hablamos de arte dramático y de literatura. Y, verdaderamente, era muy entendida. ¿Cree que deberíamos invitarla a la «Grand-Ferme»?

— ¡Cielo Santo! —exclamó la señora Dreyer—. ¿Por qué invitarla a la «Grand-Ferme»? Apenas si la conocemos.

— Sí, pero... ¡es la madre de Karen!

— ¿Qué has dicho?

La señora Dreyer quedó tan sorprendida como poco antes su marido. Miró a la señora Frank con expresión grave. Después dio su consentimiento:

— De acuerdo —contestó con una pequeña sonrisa—; creo que tienes razón: invitémosla a venir. ¡Tu idea me parece excelente!

El director sorbía su pipa. Estaba de muy buen humor.

— Con frecuencia he intentado hacerla venir —dijo—, pero nunca ha tenido tiempo para desplazarse. La última vez que tuve noticias de ella, me anunciaba que había empezado a escribir un libro y que se quedaba en Italia. Pero si pueden atraerla aquí, entonces...

— Sí, sería maravilloso — dijo la señora Frank, cuyo rostro resplandeció—. Les daremos la dirección de la señora Jessen. Y ¿serán tan amables de enviar esta carta por avión?

Y así fue cómo un buen día Karen subió la escalera de cuatro en cuatro peldaños y entró como un vendaval en el «Trébol de Cuatro Hojas».



—¡Eh, eh!

Puck, que por fin se había decidido a repasar los ríos españoles, levantó su mirada del libro, sorprendida. Inger y Navio no estaban allí.

— ¡Mira!...

Karen agitó un papel.

— El correo acaba de llegar... y, no vaya a olvidárseme; hay también una carta para ti.

Era una carta llegada por avión, y el largo sobre con sellos multicolores mostraba que era del padre de Puck, el ingeniero Winther, que se hallaba trabajando en Chile, en Valparaíso.

Hacía días que Puck la esperaba. ¡Nada era tan maravilloso como una carta de su padre!

Alargó su mano, pero Karen suplicó:

— Espera un poco; es necesario que antes veas ésta...

— No — dijo Puck con vivacidad —. Dame mi carta.

Karen le entregó el sobre.

— Pero es necesario que veas primero la mía —dijo de nuevo. Y su voz parecía algo decepcionada.

Puck, que ya estaba rasgando el sobre, la miró con expresión sorprendida.

— ¿Qué ocurre? —preguntó.

¡Aquel comportamiento era tan raro en Karen!

— Lee, lee...

Era un elegante papel blanco, con adornos finos. Lo tomó y leyó:
«Querida hija:

Tengo una noticia para ti.

Regreso a Dinamarca para una corta estancia. El propietario Dreyer y su esposa, a quienes conocí en Lugano, me han invitado a La Gran Granja, y, según tengo entendido queda muy cerca de tu escuela. Me alegra la idea de verte. Actualmente estoy en Roma, escribiendo una novela y pienso acabar por Navidad. De modo que tendré que seguir trabajando el tiempo que permanezca en La Gran Granja, pero de todos modos será agradable. En espera de abrazarte pronto, te quiere tu madre...»

—¿Que piensas? —preguntó Karen con animación—, ¡Mamá vendrá ¿No es maravilloso? —

Empezó a bailar por el cuarto, en tanto Puck releía la carta con el ceño fruncido. No era una carta muy cariñosa, precisamente. Entre líneas podía leerse que aquella madre no amaba a su hija todo lo que hubiera debido. Aquella frase de... «según tengo entendido La Gran Granja queda cerca de tu escuela...», era reveladora. ¡Y aquella insinuación de que se vería obligada a trabajar, como si temiera que Karen la importunara demasiado!

— ¿En qué piensas? —repitió Karen—. ¿No es una carta estupenda?

Puck afirmó con la cabeza. No podía frustrar su alegría.

— ¡Ya sabía que mamá acabaría por venir a verme algún día! ¡Y pensar que ella y los Dreyer son amigos! No lo sabía...

— Yo tampoco —dijo Puck, preguntándose por qué los Dreyer habrían invitado a Marianne Jessen. ¿Acaso por el hecho de que el señor Dreyer también se preocupaba por Karen?

Abrió la carta de su padre y leyó:

«Mi hijita adorada:

En estos últimos días he estado muy ocupado y apenas he dispuesto de tiempo para escribirte...

— ¿No te parece maravillosa la idea de mamá de escribir una novela? —preguntó Karen, que seguía bailando sola por el cuarto.

—Sin duda alguna —respondió Puck—. ¡Una idea estupenda!

Y volvió a su carta:

...Pero ahora pienso recuperar lo perdido, contándote miles y miles de cosas. Y...

— Mis malhumores de estas semanas pasadas — la interrumpió Karen de nuevo — se debían a que yo pensaba que mamá se

preocupaba poco de mí. Pero ahora veo que era una bobada por mi parte. ¿No eres de la misma opinión?

Puck frunció el ceño, pero contestó amablemente:

— Sí, tienes razón.

— En realidad —prosiguió Karen—, siempre he admirado mucho a mamá. Nadie es más encantador que ella, nadie. ¡Si vieras cómo viste! Tiene un gusto extraordinario.

— Estoy segura de ello —comentó Puck mirando de reojo su carta.

...y no puedo dejar de pensar en las magníficas vacaciones pasadas a tu lado. ¡Estoy tan contento de haber podido comprobar lo bien que estás en Egeborg, lo buenos que son tus profesores y lo simpáticos que son tus compañeros! Aquí, como te he dicho...

— Mamá es muy inteligente —añadió Karen—, y tiene una gran imaginación. Sin duda alguna su novela será un éxito. Algo así como lo fue «Lo que el viento se llevó». ¿No opinas igual?

— Sí, opino lo mismo —contestó Puck—. Pero ahora deja que acabe de leer la carta de papá...

— Ah, sí, tu carta...

Karen se levantó para ir a recoger sus libros de estudio.

Puck prosiguió la interrumpida lectura:

...tenemos muchísimo trabajo, lo cual me absorbe tanto que me ayuda a superar la terrible nostalgia, que tengo de mi nenita querida...

— ¡Estoy segura de que mi madre te gustará, Puck! —interrumpió de nuevo Karen—. Es una soberbia amazona. Ah, Puck... Qué feliz me siento ante la idea de volver a ver a mi madre...

Puck suspiró profundamente, dobló su carta y la metió dentro de un libro. Después se volvió hacia Karen sonriendo.

— ¡Te comprendo muy bien, Karen! —exclamó—. Ven, vamos al encuentro de Inger y Navio para comunicarles la noticia...

La carta de Chile debió esperar. ¡Imposible leerla mientras Karen permaneciera cerca!

Bajaron las escaleras corriendo y, cuando ya llegaban al vestíbulo, vieron al director Frank.

— ¡Vaya, parecéis muy agitadas! —les dijo sonriente—. ¡Ocurre algo?

— Ah, señor —suspiró Karen—. ¡Mamá vendrá, y vivirá en La

Gran Gran ja! ¿No es algo maravilloso?

— Desde luego — dijo el director.

Puck le miró de reojo. La voz del director parecía un tanto afectada. En aquel momento apareció la señora Frank y Karen corrió a su encuentro para darle la feliz noticia. Cuando Karen estuvo de espaldas, el director guiñó un ojo a su esposa, lo que dio a entender a Puck que ninguno de los dos se había sorprendido demasiado con el anuncio de aquella visita.

* * *

Puck llegó a la gran explanada situada frente a la entrada principal. Descendió rápidamente de su bicicleta y la apoyó en el porche. Después se apresuró a entrar. La clase de estudio había comenzado desde hacía unos minutos, pero ella se había distraído.

¡El bosque estaba tan bello y el tiempo era tan agradable! ¡El paseo en bicicleta había sido delicioso!

—¿Qué ocurre? —exclamó la voz de la señorita Holm desde lo alto de la escalera—. ¡Llegas tarde! Date prisa.

Puck murmuró «perdón» y empezó a subir los peldaños de cuatro a cuatro. El redondo rostro de la señorita Holm estaba serio, pero sus ojos eran risueños.

— ¡No tendrás tiempo de aprenderte para mañana los verbos irregulares! —dijo—. ¡Vamos!

Navio e Inger estaban ya en el cuarto estudiando. Puck cerró la puerta y respiró.

— ¡Uf! —suspiró—. Me he retrasado un poco...

— Sí —dijo Inger—. Por unos cuantos minutos.

— ¿Dónde está Karen?

— ¿No lo sabes? Su madre ya ha llegado.

— ¿De veras?

Navio sacudió la cabeza.

— No sabemos gran cosa más. Está en La Gran Granja y Karen ha obtenido permiso para ir a verla. Esta noche se quedará allí.

— Bien — exclamó Puck abriendo un libro.

Durante unos minutos estudiaron en silencio. Súbitamente Navio retiró su silla y puso los pies en la mesa.

— Estoy muerta de miedo — dijo —. Será mejor que os lo diga.

Inger la miró con asombro:

— ¿De qué tienes miedo?

— Tú lo sabes, ¿verdad, Puck?

Puck asintió con un gesto.

— Creo que sí. Temes que Karen se sienta decepcionada.

— Exactamente.

— Deja de atormentarte de antemano —objetó Inger—. Será mejor que estudiéis. Karen y su madre arreglarán bien sus asuntos.

— Tampoco tú estás demasiado segura de ello —afirmó Navio—. Estás temiendo lo mismo que nosotras, pero eres demasiado prudente para decirlo en voz alta.

— Tú no sabes lo que yo pienso o no —dijo Inger sonriendo—. Vamos, vamos, ocupémonos de lo que nos concierne...

— ¡Como ordene la señora! —refunfuñó Navio—. Pero eso no evitará que me sienta muerta de miedo.

El resto del tiempo consagrado al estudio transcurrió en calma, y cuando llegó la hora de ir a ayudar a poner las mesas, ya que estaban de servicio, Inger, Puck y Navio se encaminaron hacia el gran comedor. No volvieron a ocuparse de aquel tema hasta la noche, al ir a acostarse.

— Una cosa es segura —comentó Puck—. Si su madre no se muestra muy gentil con Karen, tendrá que habérselas con nosotras. ¿Prometido?

— ¡Prometido! —se apresuró a responder Navio—. ¡Le arreglaremos las cuentas a esa paloma escritora!

— ¡Calma, calma! —recomendó Inger—. En primer lugar tal vez se haya sentido emocionada al ver a su hija y esté ahora en el mejor de los mundos. Y en segundo lugar, si no fuera así, nosotras no podríamos hacer gran cosa para remediarlo.

— Siempre puede hacerse algo —aseguró Puck.

— Pero ¿qué? No podemos influir en las personas mayores.

— Sí —afirmó Navio—. ¡Puck sí puede si se lo propone!

— Se trataría de reflexionar mucho —insinuó Puck.

— Está bien, reflexiona, pues —dijo Inger—. ¡Y, mientras tanto, buenas noches!

Durante largo rato Puck permaneció pensativa. ¡Mientras Karen no se hubiera sentido decepcionada por el encuentro con su madre! Había estado tan excitada... Había esperado todo lo esperable de aquella visita, y era de temer que la señora Jessen no hubiera estado a la altura de tanta expectación. En su carta, Puck no había

conseguido hallar la menor brizna de nostalgia, ternura y entusiasmo.

La muchachita oyó entonces un coche detenerse ante el pensionado. Después alguien subió por la escalera. Y la puerta del cuarto se abrió. Era Karen.



La muchachita empezó a desvestirse en la oscuridad. Puck permaneció callada, ya que se dijo que Karen tenía derecho a un poco de paz. Si la entrevista había sido un fracaso completo, era mejor no intervenir. Y si había sido un éxito, también era mejor dejar que Karen disfrutara sola de sus alegres pensamientos...

Karen subió a su litera y al acostarse suspiró profundamente. Pero Puck no pudo descifrar si aquel suspiro era de satisfacción o de pena.



—Bien — dijo Puck al día siguiente, cuando saltaron de la cama —. ¿Cómo te fue ayer?

— Muy bien — dijo Karen —. Mamá vendrá aquí hoy y podréis saludarla. Le enseñaremos el jardín y el bosque...

— Podríamos invitarla a dar un paseo en barco — propuso Navio—. Mañana es domingo y si diéramos un paseo hasta Sundkoebing, podría ver el barco y...

Karen no parecía demasiado entusiasmada.

— Sería estupendo si mamá aceptase. Ayer me dijo que no disponía de mucho tiempo, ya que quería escribir su novela, pero...

— Intentaremos convencerla — dijo Puck con optimismo.

La mañana transcurrió como de costumbre, pero Karen estaba distraída. Nadie se lo tuvo en cuenta. Los profesores conocían las razones de ello, ya que era la primera vez que la madre de Karen la visitaba.

A la hora del almuerzo, la señora Dreyer llegó en un coche con su invitada. Puck se mantenía al pie de la escalera cuando el coche se detuvo ante el pensionado de Egeborg.

El director y su esposa salieron a recibir a las visitas. Marianne Jessen era una dama muy elegante, en opinión de Puck. Vestía un traje sastre gris, sin sombrero, de modo que su melenita rojiza brillaba al sol. Gafas oscuras ocultaban la expresión de sus ojos, pero sonreía ampliamente al saludar al matrimonio Frank. Después se volvió hacia las amigas de Karen para decirles hola.

— Oh, muchacha — dijo a la vista de Karen —. Estos pantalones téjanos que llevas y este jersey te han quedado viejos...

Karen enrojeció y no dijo nada. Se miró, pero no pudo comprender la crítica de su madre.

— ¡He debido descuidar demasiado tiempo tu guardarropa! — dijo Marianne Jessen —. Es indispensable que vayamos a la ciudad a comprarte algo.

Los labios de Karen temblaron, pero se dominó. No había duda alguna; aquella situación la avergonzaba, sentía el gentil desdén de su madre como una humillación.

— ¿Son éstas tus amiguitas? — exclamó Marianne Jessen.

«Tus amiguitas...», pensó Puck apretando los puños.

Con forzada sonrisa, Karen inició las presentaciones.

— Ésta es Inger... y Puck... y Navio. Puck en realidad se llama Bente. Y Navio, Lise... A Annelise ya la conoces... Y Lilian y Lone...

— ¡Basta, basta! Nunca conseguiré recordar tantos nombres — dijo Marianne Jessen—. Buenos días, chiquillas... Tenéis todas buen aspecto. Se nota que el campo os sienta bien... En cambio tú, Karen, estás más paliducha... ¿No tomas nunca el sol? Pero bueno, señor Frank, no quiero retrasarle... Si es usted tan amable de recibirme...

Desapareció por la puerta del vestíbulo, con la señora Dreyer y

el matrimonio Frank.

Las muchachitas miraron unos instantes la puerta cerrada. Pero el director reapareció e hizo un gesto en dirección a Karen.

— Ven, Karen, debes estar con nosotros.

Karen obedeció y empezó a subir las escaleras.

— Vamos, rápido —dijo el director.

Karen apresuró sus pasos.

— Ni siquiera el director se ha dado cuenta...

— ¿De qué? — preguntó Inger.

— De todo esto — respondió Puck, cuando de nuevo se cerró la puerta—. ¿No te has dado cuenta de que no es precisamente el lenguaje de una madre cariñosa que visita a su hija y a «sus amiguitas» el decirle que su guardarropa ha quedado viejo? ¿Por qué ha tenido que decirle que estaba pálida y mal vestida? ¿No te has dado cuenta de lo mucho que Karen se ha entristecido?

— Cálmate un poco, déjalas que se arreglen solas — aconsejó Inger—. Dentro de unos días todo irá mejor. Tal vez la señora Jessen se sienta tan poco segura de sí como la propia Karen, y seguramente sus comentarios tenían la mejor intención del mundo.

— No —declaró Puck—, han sido dichos por vanidad personal. Se nota en seguida que es una mujer vanidosa y superficial... Y... y...

— Vamos, cálmate —dijo Inger—. Eres explosiva como la pólvora. Ya habías decidido de antemano que esta visita sería un fracaso y no les dejas ni una oportunidad.

— Tendrán todas las oportunidades y, además, ¿cómo podría yo estropearlas? Pero me siento desolada por Karen, eso es todo.

* * *

Aquella tarde, Puck y Caoba debían ir a La Gran Granja para la lección de equitación.

Karen se había ido con su madre y Lilian, que estaba escribiendo cartas, no quería acompañarles.

Puck esperaba a Caoba ante la entrada principal cuando la señora Frank subió del jardín.

— Hola —dijo a Puck—. ¿Vas a La Gran Granja? Pasas allí tanto tiempo que apenas te veo.

— Si sólo voy dos veces por semana — se defendió Puck.

— Me alegra que vayas, pero lo lamento porque apenas tenemos

tiempo para charlar, como antes —dijo la esposa del director con una sonrisa. Y añadió sin transición—: ¿Está Karen contenta con la visita de su madre?

La pregunta era tan directa que Puck dudó.

— Supongo que sí — dijo —. Personalmente, ¿qué piensa usted?

— Soy yo quien hace la pregunta —respondió la señora Frank sonriendo —. Tú hablas con Karen con más frecuencia que yo y me gustaría saber si está contenta.

Puck pensó: «Jamás me diría eso si estuviera segura de que Karen tiene motivos para estar contenta.» Pero sin dejarle tiempo para contestar, la señora Frank prosiguió:

— En todo caso, me parece que Karen tiene motivos para sentirse orgullosa de su madre. Es encantadora. Una auténtica mujer de mundo... ¡Y escritora además!

— Sí, pero me parece que trata a Karen desde su altura — dijo Puck —, y tengo la impresión de que Karen se siente muy...

— ¿Inferior? —preguntó la señora Frank.

—

Puck asintió.

— Tal vez tengas razón... Mira, ahí tienes a Kaj...

Caoba apareció en bicicleta. Al ver a la señora Frank saludó con una inclinación de cabeza.

— ¡Qué galante! —dijo la señora Frank riendo.

Después les hizo un signo de despedida con la mano:

— Que os divirtáis mucho los dos...

Ambos partieron hacia La Gran Granja. El tiempo era radiante. La lección de equitación prometía ser maravillosa. Por el camino, mientras pedaleaban, sólo hablaron de caballos. Cuando llegaron a su destino, Karen y su madre estaban ya a caballo por la pista, y Annelise y Jennifer salían de las caballerizas conduciendo sus monturas.

— Deberíamos dar un paseo por el bosque —dijo Annelise—. ¿Te sientes capaz de ello, Caoba, si te damos un caballo tranquilo? ¿No quiere usted acompañarnos, señora Jessen?

— Con mucho gusto —repuso la madre de Karen.

Puck hubo de reconocer que era bonita. Sus pantalones «beíge» y sus botas negras, su chaqueta, negra también, le sentaba de maravilla.

Un poco después, los seis se encaminaban hacia el bosque. Annelise y la señora Jessen iban en cabeza, Puck y Karen detrás de ellas, y Jennifer y Caoba en retaguardia.

— Tu chaqueta es extraordinaria, Annelise — dijo Marianne Jessen—. Tendré que comprar una a Karen. Necesita con urgencia vestidos nuevos.

Annelise pareció encantada del cumplido, pero Puck constató que Karen enrojecía visiblemente, y para borrar aquella desagradable impresión dijo:

— ¿Por qué no salimos al galope? Vamos, Karen.

Espoleó a «Blis» y pasó a Marianne Jessen y a Annelise, seguida al galope por Karen. Todos los caballos se pusieron al galope, y Caoba hacía lo que podía. Rodearon la orilla norte del lago, donde el sol reflejaba sus dorados rayos de otoño.

Karen y Puck iban con adelanto, pero Annelise y Marianne estaban ya ganando terreno y pronto las pasaron. Pero ello ocurrió junto a unos matorrales, de tal modo que una rama seca rasgó los pantalones de Marianne Jessen, quien detuvo su montura.

Los demás la imitaron.

Miró su desgarrón con expresión irritada, y dijo:

— Ha sido culpa tuya, Karen. ¡Me has empujado a la derecha, lo cual no es precisamente muy amable!

—Yo... Yo... —comenzó Karen. Pero su madre le cortó la palabra.

— No intentes darme lecciones de equitación — le dijo fríamente—. Has avanzado de tal modo que no me ha quedado otro remedio que hacerme a un lado. ¡Nunca podré conseguir que me arreglen bien esos pantalones y acababa de comprármelos en Milán!

Karen bajó la cabeza. Gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas y sus labios temblaban.

— Regresemos — dijo su madre.

Hizo girar su montura y la puso al trote. Los demás la siguieron, más o menos apenados. Puck había querido intervenir, ya que el incidente no había sido culpa de Karen de modo alguno. Pero pensó que su intervención no resolvería nada, dado el malhumor evidente de la dama.

Puck dejó que los demás se adelantaron. Luego Annelise se le acercó y con un gesto quiso decirle: «¡Oh, qué mal genio!» Puck

sacudió la cabeza y murmuró melancólicamente:

— ¿Cómo podríamos conseguir que hablara cariñosamente a Karen?

Annelise respondió:

—No lo sé. ¡Pero esto marcha muy mal, desde luego!

— Navio tenía el proyecto de ir a dar un paseo en barco. ¿Puedes organizar tú la excursión?

— ¿Quién vendrá?



—Tío Anders y tía Henny, de Sundkoebing, y además Karen, Navio, Jennifer, tú, yo... ¡y nuestra invitada de Italia!

— De acuerdo, lo propondré —dijo Annelise—. ¿Y cómo iremos a Sundkoebing?

— ¿No podríamos ir en el coche de tu padre, que la señora Jessen podría conducir?

Naturalmente. ¡El aire del mar es excelente para los nervios!

Y Annelise espoleó su caballo y avanzó de nuevo, en tanto Puck permanecía rezagada, hasta llegar a La Gran Granja. El malhumor de Marianne Jessen no había mejorado en el trayecto. No dejaba de hablar de sus pantalones y de acusar a Karen de ello.

— Seguramente podrán zurrárselos de modo que no se note —sugirió Annelise—. Los llevaremos a Sundkoebing, donde hay una mujer con dedos de hada para tales cosas...

— ¿Está lejos?

— No, en coche se tarda poco. Podríamos ir mañana.

— Mañana es domingo.

— No importa. La señora estará en su casa. Y podríamos aprovechar el viaje para ir a dar una vuelta en el barco a motor de Puck.

Marianne Jessen pareció interesada. ¿Tan rica era Puck que

poseía un barco a motor?

— ¡Estupendo! —exclamó.

* * *

Aquella noche Puck no podía dormirse porque sabía que Karen, en su litera, estaba pensando en lo dicho por su madre. No se había lamentado. Pero Puck la conocía bien y se había dado cuenta de la profunda decepción de su mirada.

Cerró los ojos y suspiró. De pronto las palabras de Navio acudieron a su mente:

«¡Puck arreglará eso!».

Qué optimismo... Navio parecía creer que podía hacerse algo. Pero ¿qué?

Puck acabó por dormirse y soñó que una voz repetía incansablemente: «Puck arreglará eso, Puck arreglará...».

A la mañana siguiente, llena de sueño, se levantó y telefoneó a casa del veterinario Anders Moellers para anunciar su llegada. Antes del almuerzo Marianne Jessen, Karen, Navio, Puck y Annelise salieron en coche. Inger y Lilian habían prometido a Lone dar un paseo por el bosque, y el hermano de Jennifer, Bill, seguía con la pierna rota.

El paseo en coche hasta Sundkoebing fue muy agradable. Marianne Jessen conducía estupendamente. Karen iba sentada a su lado, con Annelise, mientras las tres restantes ocupaban el asiento trasero del amplio coche americano. Karen miraba de reojo a su madre, que permanecía silenciosa, como absorbida por sus pensamientos.

— Debe reflexionar en su libro —murmuró Navio.

En Sundkoebing toda la comitiva fue recibida con gran cordialidad por el matrimonio Moeller, mientras el perrito de Puck, un cocker spaniel llamado «Plet», que vivía en pensión en casa de los Moeller, saltaba alrededor de su amita, loco de alegría.

— Será mejor que desayunemos antes de salir — propuso el veterinario —. La mesa está servida, entren por favor.

Sus maneras simples y cordiales les hicieron sentirse cómodos. Mientras comían, él interrogó a la señora Jessen sobre sus viajes, y ella reía mucho y hablaba con animación.

— Debe de ser maravilloso viajar tanto — dijo la señora Moeller —. No dejo de pedirle a Anders que lo hagamos también un poco,

pero es difícil arrancarle de aquí.

— Debo cuidar a los animales — murmuró Moeller —. ¡Piensa en la de cosas que podrían ocurrir durante mi ausencia! ¿Qué sería de los pobres canarios de Sundkoebing?

Y estalló en carcajadas.

— El verano pasado adquirimos ese barco a motor para pasearnos por la costa, y tal vez el próximo año vayamos con él hasta Suecia. Pero eso será todo.

— ¡Ya ve cómo es mi marido! — exclamó la señora Moeller, sonriendo —. Debo admitir que ese barco nos tiene locos a todos...

— Sí, sí, el barco — exclamó el veterinario —. Debemos darnos prisa...

Bajaron hasta el puerto, donde el elegante y pequeño yate les aguardaba.

— He aquí el «trasatlántico» de nuestra propiedad, nuestro y de Puck —dijo alegremente el veterinario—. Tenga la bondad de subir a él, señora...

— Es encantador —dijo la señora Jessen, apreciándolo realmente —. En San Remo viajé en el yate de un millonario americano que tenía dieciséis marineros de tripulación.

— Bien, el nuestro tiene... una tripulación de dos... tres... seis damas y un caballero. ¡En marcha!



La brisa era viva, y, una vez salidos del puerto, hallaron bastante oleaje. El yate avanzaba con rapidez y las muchachitas disfrutaban de cada minuto.

Otras embarcaciones se cruzaban con la suya, ya que era domingo y el tiempo bueno.

— Esta parte es bastante peligrosa — dijo el señor Moeller al salir del puerto—. Las pequeñas islas de los contornos provocan

vientos especiales que suelen sorprender a los navegantes.

— Y... este barco, ¿es seguro? —preguntó Marianne Jessen.

El veterinario se volvió hacia ella, asombrado. ¿Tendría miedo?

— Desde luego — dijo —. Nada puede ocurrir con un motor como el que lleva...

Pero apenas acababa de hablar cuando el motor empezó a hacer ruidos extraños... hasta quedar silencioso.

— ¡Cielos!

El veterinario arrugó el entrecejo.

—El motor debe de tener una avería. Voy a examinarlo.

— Creí que había dicho usted que nada podía pasarle a un motor como el de su yate — dijo, no sin ironía, Marianne Jessen.

— Bien, pues, según veo, ningún motor es infalible.

Saltó hacia delante y desapareció por una escotilla. Le estuvieron oyendo trajar con el motor, pero en vano. Puck había tomado el mando, entretanto, para evitar que el barco fuese a la deriva.

Apenas lo conseguía, sin embargo. El viento y la corriente lo empujaban hacia uno de los muelles del puerto de Sundkoebing.

— Confío en que no ocurra un accidente — dijo Marianne Jessen, visiblemente nerviosa.

— No, no — la tranquilizó la señora Moeller.

Una ola particularmente alta alcanzó entonces el yate y lo sacudió con violencia.

Marianne Jessen gritó:

— ¡Nos hundimos!

— No —dijo Puck con calma—. No hay peligro alguno.

Nadie más estaba asustado. Tan sólo Puck se inquietaba un poco por mantener el barco lejos de los muelles.

— ¡Sí, sí! —seguía chillando la señora Jessen—. Miren, vamos hacia las rocas...

— Todo va bien —dijo Puck, girando el timón con todas sus fuerzas.

— Déjame ayudarte, Puck — dijo entonces Karen, tranquila.

— ¡No, no hagas eso! —gritó su madre—. No entiendes de navegación y es muy peligroso. ¡Cuidado!

Puck, de pronto, vio que Karen miraba a su madre de una manera diferente. Ya no temía ser humillada; ahora era su madre

quien temblaba y ella quien era superior.

— No hay nada peligroso en eso — murmuró Karen —. Dentro de un instante el motor se pondrá en marcha y podremos alejarnos de aquí.

— ¡No, no! Cuidado...

Annelise, Jennifer y Navio compartían la sorpresa de Puck al ver a la señora Jessen, tan segura de sí, convertirse de pronto en una dama asustada y bastante ridícula.

— Creo que mi marido ya ha conseguido arreglar el motor — comentó entonces la señora Moeller, dándose cuenta de que la situación requería unas palabras tranquilizadoras.

En efecto, en aquel instante el motor empezó a funcionar con ritmo normal. El veterinario salió por la escotilla, riendo de su victoria mecánica, y dijo:

— Devuélveme el timón, Puck, a fin de que no vayamos a parar a una isla desierta.

El ambiente se relajó de nuevo. Marianne Jessen tomó asiento, aún un poco nerviosa, pero el resto del paseo transcurrió sin incidentes.

Cuando el barco regresó al puerto, las tres personas mayores subieron a casa del veterinario a tomar el té, mientras Karen, Puck y Jennifer caminaban con calma, seguidas por Navio y Annelise. Durante un rato, nadie dijo nada, y al fin Karen observó:

— No había por qué tener miedo...

— No, desde luego — aprobó Puck.

Y eso fue todo. Pero aquel incidente había dado una idea a Puck, para tratar de solucionar los problemas de su amiga Karen.



Lilian Latour era una amazona notable, lo que no era asombroso, teniendo en cuenta que había nacido y crecido en un circo. Conocía muy bien los caballos y estaba habituada a conservar la sangre fría en todas las situaciones. En la pista de obstáculos que el señor Dreyer y Jensen habían montado para el concurso hípico, ella hacía sus cálculos con frialdad y exactitud.

Puck, que se había convertido en una amazona bastante experta, admiraba el estilo y la habilidad de Lilian, en sus estupendos saltos.

— Estoy convencida de que la competición tendrá lugar entre vosotras dos — dijo Annelise —. Los demás no podemos siquiera competir... He pedido a papá que establezca premios y me ha dicho que sí... ¿Vamos a tomar té y pasteles?

Puck rió:

— Sí... Y gracias por tus ánimos, pero tampoco yo tengo la menor oportunidad de ganar a Lilian. ¡Mírala saltar! Es formidable...

Lilian había espoleado su montura y saltaba limpiamente los obstáculos.

— Te toca a ti, Puck —dijo entonces Jensen, que dirigía los entrenamientos con la seriedad de un oficial conduciendo a sus hombres a la batalla.

Puck, montando a «Blis», puso el caballo al galope. El obstáculo no era muy alto y «Blis» era un saltador fiel, pero a veces tenía caprichos y se negaba a saltar. Su jinete debía permanecer alerta.

— ¡Ven! — gritó Jensen —. Mantén las riendas con calma y en el momento oportuno déjale aire libre... ¡Vamos, ahora! Bien... Annelise, es tu turno...

Cuando le tomó el turno a Karen, Marianne Jessen llegaba de cabalgar por los campos, a lo largo del lago Ege.

Karen titubeó un segundo.

— ¡Vamos, ven! — gritó Jensen —. Y recuerda que he subido un poco la barrera...

Marianne Jessen se acercó a Karen y dijo secamente:

— Espera...

Karen se apartó y su madre, espoleando su montura, saltó elegantemente el obstáculo.

— ¡Bravo!

Marianne sonrió y dijo:

— Veamos ahora qué puedes hacer tú, Karen...

Pero Karen se había puesto nerviosa. Se acercó al obstáculo, y el caballo rehusó saltar.

Marianne rió de buena gana, y Karen hizo un nuevo intento; pero de nuevo el animal se detuvo ante la barrera.

— ¡Mal! —dijo su madre—. Debes asir mejor las riendas. ¡Tienes miedo!

— Eso es injusto — murmuró Puck —. Karen no tiene miedo de nada, sólo de su madre...

Annelise afirmó con la cabeza.

— Necesita rehabilitarse a sus ojos — dijo —. Yo, de buena gana, le daré la oportunidad, pero la presencia de su madre la intimida. ¡Ha sido estúpido por su parte querer saltar antes que ella para pavonearse!

— Vamos, Karen —decía entonces la señora—. ¡Demuestra que eres mi hija!

Karen estaba roja de humillación. Tocó hábilmente con los tacones su montura, y entonces el caballo saltó.

— ¡Perfecto! —aprobó Jensen, admirado—. ¡Hay en ti madera de gran amazona, hijita! Tu turno, Jennifer...

El entrenamiento prosiguió, pero Marianne Jessen condujo su caballo hacia las cuadras. Desde que hubo partido, los saltos de Karen fueron impecables. Se sentía libre y decidida. ¡Era curioso que la señora Jessen no se diera cuenta de que con su actitud no

hacía más que aumentar los complejos de su hija! ¡Si hubiera podido mantener su actitud del barco, cuando se mostró como una mujer normal, con sus debilidades y defectos, y no como una diosa en un pedestal, adornada y temida!

Cuando Puck hubo dejado a «Blis» en las caballerizas, se encaminó hacia el jardín de invierno, a tomar el té con pasteles prometido por Annelise.

Al rodear la casa, oyó a alguien canturrear y vio que Marianne Jessen estaba junto a la abierta ventana de su cuarto, sentada a su mesa de trabajo.



Puck la oyó escribir a máquina. Estaría escribiendo su novela. ¿Qué clase de novela sería aquella? ¿Figuraría Karen en la trama?

Puck se acercó a la mesita del té. El señor Dreyer y su esposa discutían con las chiquillas las características de los caballos, y Annelise estaba tratando de convencer a su padre para que organizara una fiesta en La Gran Granja para después del concurso hípico.

— Sí, pero... ¿Qué opina de ello tu madre?

— Puede arreglarse —dijo la señora Dreyer—. ¿Cuántos invitados habrá, Annelise?

— Bah.. Sólo unos cincuenta —dijo ella.

Las demás chiquillas rieron, y la señora Dreyer hizo un gesto de sorpresa.

— ¡Eso es imposible! Hazme una lista razonable de invitados y luego hablaremos.

— De acuerdo. ¿Y qué premios vamos a distribuir? —preguntó

su hija —. ¿Lo harás tú, papá?

— Si yo debo pagar los premios, quiero al menos tener el placer de distribuirlos.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Marianne Jessen.

— Me ha parecido oír el ronroneo de la tetera...

Un instante después se hallaba sentada saboreando una taza de la aromática infusión.

— ¿Tomará usted parte en el concurso? —le preguntó Annelise.

— Con mucho gusto —respondió ella—. Pero ¿no sera injusto que yo compita con los «juniors»?

— No, al contrario, será divertido —dijo Annelise—. Además, contamos con grandes premios.

— Si usted lo desea — sugirió Lilian —, podemos ponerle un «handicap». Por ejemplo, los obstáculos diez centímetros más altos que los nuestros.

— Ya se ocupará Jensen de todo eso —dijo Annelise— Será el juez...

Nadie pudo comprender lo que sucedió en aquel momento. Se escuchó un grito y la taza de té de Marianne cayó al suelo, mientras el líquido resbalaba por su falda.

Se levantó, gritando. Su buen humor había desaparecido.

— ¿Quién me ha empujado? — dijo mirando hoscamente a su alrededor.

Estaba furiosa.

— Nadie, claro — dijo Lilian con calma —. La taza ha debido de resbalar entre sus manos.

— Tonterías. Me han empujado...

La señora Dreyer dijo:

— Voy a buscar un trapo y agua caliente...

— No, gracias — respondió Marianne Jessen —. Iré a cambiarme.

Se levantó y salió. Puck se dio cuenta de que sus manos temblaban y de que pequeñas manchitas coloradas habían aparecido en su cuello.

* * *

De regreso a la escuela, Puck encontró a la señora Frank!

— ¿Qué tal ha ido la clase de equitación?

— Bien, gracias. ¿Puedo ayudarla en algo?

La señora Frank la miró y dijo:

— No, gracias, pero si quieres que hablemos un poco, podemos ir al huerto juntas.

Puck sonrió. ¡No era fácil ocultar algo a la señora Frank. En seguida se daba cuenta de todo.

— ¿De qué quieres hablarme? ¿De Karen?

Puck inclinó la cabeza.

— Sí. No puedo evitar el preguntarme si no habrá manera de arreglar las cosas.

La señora negó con la cabeza.

— No hay que intervenir jamás en los asuntos privados — dijo —. Pero sin duda sería una pena ver partir a la señora Jessen sin que sus relaciones con Karen hayan mejorado... ¿Tienes alguna idea?

— No... Pero, ¿recuerda usted que el otro día Karen se sintió en inferioridad ante su madre?

— Sí, me acuerdo...

— Tiene un com...

— Complejo de inferioridad. ¿De dónde sacas tú esos términos tan sabios?

— Karen — dijo Puck sonriendo — tiene un complejo de inferioridad. Usted misma me lo explicó en aquella época en que ella y yo no nos llevábamos demasiado bien. Pero ante su madre es mucho más grave y la prueba está en lo sucedido hoy.

Puck contó a la dama lo sucedido en la pista de entrenamiento y la señora Frank la escuchó pensativa.

— Estaba pensando que si Karen consiguiera ganar ese concurso, tal vez su madre sintiera un poco de respeto por ella y todo podría cambiar. ¿Qué opina usted?

La esposa del director reflexionó un tiempo y luego dijo:

— Desde luego, no creo que puedan resolverse problemas humanos con demasiada rapidez, pero tal vez... Si Karen consiguiera demostrar su personalidad ante su madre... Has de saber que, cuando mi marido y yo le dijimos a la señora Jessen lo mucho que apreciábamos a su hija y lo mucho que ella valía, se sintió contenta y orgullosa. Creo que detrás de su actitud hay cosas que no sabemos... Tal vez su vida fácil y agradable es sólo una

apariencia...

— Sí, pero ella viaja siempre y...

— Tal vez lo hace porque en el fondo de su corazón se siente sola y desdichada.

— ¿Por qué?

— ¿No comprendes lo que significa el hecho de que su hogar haya sido destruido? Sí; esperemos que Karen gane el concurso hípico...

Muy pensativa, Puck subió por la escalera que conducía al «Trébol de Cuatro Hojas». Entonces, se dejó llevar por su impulso, mientras se decía: «Es horrible lo que estoy haciendo...»

Alargó la mano... y tiró el jarrón.

El agua cayó en la mesa y sobre las hojas escritas.



Puck no vio más. Dio media vuelta y echó a correr hasta esconderse en las caballerizas. Allí se estaba bien, había calma, y aspiró con fruición el buen olor a caballo.

En aquel momento entró un mozo.

— ¿Has venido a buscar a «Blis»? —le preguntó.

Puck negó con un signo.

— Sólo quise echarle una mirada. No tardaremos en iniciar la carrera de obstáculos.

— Sí. Trata de ganar...

— Lo intentaré.

Pero sabía bien que no lo conseguiría, ya que su mente estaba ocupada en otros asuntos.

—Voy a reunirme con los demás —dijo—. Volveré luego a buscar a «Blis».

— Puedes llevártelo ahora —dijo el mozo—. Ya está ensillado.

Ella montó y se dirigió hacia la pista. Enseguida se dio cuenta de que Marianne Jessen ya no estaba allí. ¿Había ido en busca de su novela?

Puck respiró hondo. Debía procurar aparentar calma y

tranquilidad, a fin de que nadie se diera cuenta de nada.

Gritó en dirección a sus compañeros:

— ¿Llego demasiado pronto?

— No, íbamos a comenzar — dijo Annelise.

Un instante después, el concurso estaba en marcha. Habían preparado una pista con siete obstáculos, que debían ser salvados en un orden preciso, y otros dos que habían de ser saltados juntos, es decir nueve obstáculos en total.

Jennifer salió la primera.

Su actuación fue brillante, a su modo. En el rancho de su padre, en Texas, estaba habituada a la naturaleza y los caballos no tenían secretos para ella. Podía permanecer en la silla sin cansancio durante horas. Pero, saltar obstáculos era distinto. Jennifer carecía de estilo. Era atrevida, pero no dominaba suficientemente su montura. Su caballo rehusó por dos veces saltar y derribó varias vallas. Aceptó de buen humor su derrota y, dando un grito vaquero, salió de la pista.



Había llegado el turno a Puck.

Estaba nerviosa y agitada. Al entrar en la pista, su mirada buscó en vano a Marianne Jessen. ¿Dónde había ido? No podía emplear más de un par de minutos en ir a buscar su manuscrito.

Puck había pretendido siempre que ella olvidaba toda clase de preocupaciones al montar a caballo. Pero aquella vez no fue así. Se sentía conmovida por lo que había hecho, a pesar de repetirse que había obrado con la mejor de las intenciones, para ayudar a una

amiga.

— ¡El siguiente es Bente Winther! Por favor, Bente, en marcha... —ordenó la voz de Jensen.

Éste y el señor Dreyer eran los jueces.

Puck espoléó a «Blis» y se dirigió hacia el primer obstáculo. En aquel momento vio a Marianne Jessen salir de la casa. La joven señora no traía ningún manuscrito en las manos. Puck no pudo seguir mirándola. Debía concentrarse en los obstáculos; pero ya «Blis» había notado distraída a su joven amazona y se detuvo ante el primer obstáculo. Puck entonces se sobrepuso y empuñó las riendas con firmeza, consiguiendo así saltar sin dificultad.

En seguida se sintió absorbida por el concurso. Y saltó impecablemente los ocho obstáculos restantes. Fue muy aplaudida, y el tiempo empleado fue de sesenta y ocho segundos, lo que estaba bastante bien.

— ¡Ella será la campeona de hoy! — dijo Jensen al señor Dreyer.

— Esperemos a ver —dijo el señor Dreyer—. ¿A quién le toca ahora?

— A Karen.

El rostro de Karen estaba tenso. Sentía que se jugaba muchas cosas en aquel concurso. Salvó magníficamente los primeros obstáculos, pero el caballo se detuvo ante el último, que era doble. Puck vio cómo la sangre inundaba las mejillas de su amiga, pero también pudo ver con satisfacción cómo una enérgica y resuelta mueca fruncía sus labios. Karen estaba concentrándose con todas sus fuerzas. Sin embargo, a pesar de que consiguió saltar el obstáculo, una de las patas de su caballo derribó una valla. El resto del trayecto fue perfecto.

Por el momento, la clasificación era la siguiente: Annelise, Puck, Karen y Jennifer.

Le correspondía actuar a Lilian.

Los espectadores retuvieron el aliento. Sabían que iban a presenciar un gran espectáculo y no quedaron decepcionados.

Recorrió Lilian la pista en un estilo perfecto, sin una sola falta, y el cronómetro en las manos de Herbert Dreyer señaló sesenta y dos segundos.

— Como ve, Jensen, no hay que precipitarse al juzgar. Por mi parte, me alegro de que Annelise no consiga el primer premio, ya

que los triunfos no convienen demasiado a su carácter.

Se volvió y buscó con la mirada a la última concursante. ¿Dónde estaba Marianne Jessen?

Jensen gritó:

— El jinete siguiente es la señora Marianne Jessen. ¡Por favor, en marcha!

Pero la señora Jessen no estaba en la pista. Asombrado, Herbert miró a su entorno y vio a su esposa, quien le susurró al oído:

— La señora Jessen no quería tomar parte en el concurso, pero yo he conseguido persuadirla.

— ¿Por qué no quería, si antes pareció bien dispuesta?

— ¡Está furiosa! Un jarrón de su cuarto se ha derramado encima de su manuscrito. Se ha dado cuenta de ello al ir a buscarlo para leernos el fragmento anunciado...

— Bien, que lo deje secar... —dijo el señor Dreyer—. No hay para tanto... Mira, allí viene...

Marianne Jessen estaba ya a caballo, pero su rostro revelaba su contrariedad y nerviosismo. Espoleó su caballo y salió al galope en dirección al primer obstáculo. La primera valla cayó al suelo, y eso acabó de enfurecerla.

— ¡Mira! —murmuró Puck a Annelise—. No parece hacerlo muy bien.

Puck se sentía incómoda, sin embargo, aun cuando se alegrara de lo que estaba sucediendo por su amiga Karen.

Marianne Jessen prosiguió el recorrido hasta el final, pero derribó cinco vallas y, además, empleó más tiempo del establecido.

Durante la distribución de premios, el entusiasmo se mantuvo vivo. Annelise, Puck y Lilian recibieron un lindo jarroncito. Karen no obtuvo nada, pero su rostro indicaba que su lugar de clasificación, antes de Jennifer y antes de su madre, le daban ánimo.

Todo el mundo regresó al pensionado para cenar, ya que a las ocho la fiesta empezaría en La Gran Granja. Karen miró radiante a Puck y dijo:

— ¿No te parece que no lo he hecho mal del todo?

— Lo has hecho muy bien, Karen —dijo Puck—. Has estado formidable...

Annelise se acercó para estrechar la mano de Karen.

— Hubiéramos debido darte un accésit por el hecho de que has empleado menos tiempo que nadie. Pero ahora, adiós, hay que cenar y ponerse lindas para las ocho.

Y salió corriendo.

Puck regresó al pensionado en compañía de Lilian y Caoba. Antes de irse vieron a Marianne Jessen acercarse a Karen. Se veía que su humor seguía negro, pero como el matrimonio Frank se hallaba presente, debió dominarse y dijo:

— Estoy orgullosa de ti.

Puck oyó la frase. Y pensó que era el comentario más maravilloso del mundo.

Pero, a pesar de ello, Puck se sentía desdichada. Había obrado mal al derramar el jarrón, pero no había podido resistir la tentación. Sus camaradas, junto a ella, reían y bailaban, pero para ella el placer estaba mezclado con los remordimientos. Así que permanecía melancólicamente sentada en el jardín de La Gran Granja, cuando alguien dijo junto a ella:

— ¿Qué le ocurre pues al diablillo de los bosques?

Puck alzó la vista. Era la señora Frank que permanecía a su lado, y la chiquilla se sintió aliviada al verla.



— ¿Hay algo que te preocupa? — preguntó la joven esposa del director.

Puck asintió.

— Cuéntamelo, ven. Daremos un paseo.

Ambas se encaminaron hacia la puerta del jardín. Al pasar frente a un grupo de invitados oyeron a Marianne Jessen decir:

— No, desde luego, lo que menos me esperaba era ser derrotada por mi propia hija...

Parecía haber recobrado su buen humor, y se sentía evidentemente orgullosa de la brillante actuación hípica de Karen.

Cuando Puck y la señora Frank estuvieron suficientemente lejos como para que la música de jazz apenas fuera audible, la joven señora dijo:

— Me doy cuenta de que algo te preocupa, Puck. ¿Quieres contármelo?

Puck titubeó un poco, pero al cabo empezó a hablar. Explicó su inquietud por Karen y su indignación por la forma como la trataba su madre. Contó también el incidente del entrenamiento y lo ocurrido durante el paseo en barco.

— Me vino la idea de que si Karen conseguía demostrar su superioridad en algo, eso podría resultar beneficioso para ambas. Habiéndome dado cuenta de que si la señora Jessen estaba de mal humor, no sabía dominarse, pensé en hacer algo que la pusiera furiosa antes de la competición. Encima de su mesa de trabajo había unas hojas manuscritas y también un jarrón de agua y flores...

Se detuvo un instante. La señora Frank permanecía callada.

Puck continuó:

— Todo ha ocurrido tal como lo planeé. Pero no me ha causado ninguna satisfacción...

La señora Frank puso una mano en un hombro de Puck.

— Has aprendido algo importante — dijo —. No se experimenta ningún placer por una victoria obtenida con medios poco honrados. Y tus medios no eran del todo honrados, Puck...

Puck sacudió la cabeza. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— No te lo reprocho —dijo la señora Frank—. Tú misma te lo estás reprochando por lo que veo. Pero, puesto que has obrado mal, debes tratar de repararlo.

— Sí, pero... ¿cómo?

— ¿Te atreverías a confesar tu mala acción a la señora Jessen?

Puck miró a la señora Frank con asombro.

— Me atrevería — dijo —, pero ¿será conveniente?

— Decídelo tú misma. Será lo mejor.

Súbitamente, Marianne Jessen salió a la terraza y la oyeron decir a alguien:

— Vuelvo en seguida. Deseo dar un paseo, es todo.

— Hela aquí —dijo Puck—. Voy a hablar con ella.

Y, antes de que la señora Frank hubiera podido evitarlo, la chiquilla se puso a correr en dirección de la señora Jessen. El rostro

de ésta adquirió de pronto una expresión de sorpresa, para acabar en una sonrisa. A continuación la joven dama y la chiquilla bajaron juntas hacia el jardín, mientras la señora Frank, pensativa, entraba de nuevo en el jardín de invierno donde los alumnos y alumnas bailaban alegremente.

— ¡Dios mío! ¿Dónde estabas? —preguntó el director, que estaba en compañía del señor y la señora Dreyer, y algunos profesores —. Creíamos que te habías escapado.

— He estado dando una vuelta con Bente.

— ¿Y qué habéis estado tramando las dos?

La señora Frank sonrió.

— ¡Ni una sola palabra saldrá de mis labios!

Miró a los jóvenes bailarines. Karen bailaba con Caoba y parecía feliz como nunca. Tal vez todo acabaría bien, después de todo, siempre y cuando Puck consiguiera convencer a la señora Jessen de sus buenas intenciones.

¡Cosa que la señora Frank deseó ardientemente!

* * *

—¿Quieres hablarme? —preguntó Marianne Jessen.

— Sí — contestó Puck.

Hubo una pausa. Puck no sabía cómo empezar.

— ¿Y de qué? —preguntó de nuevo la dama, que no acababa de comprender de qué quería charlar con ella aquella chiquilla.

—Sí supiera cómo explicárselo... —suspiró Puck—. Todo es tan complicado.

— Empieza por el principio — aconsejó Marianne Jessen con una sonrisa.

Aquella muchachita de franca mirada le gustaba mucho. Puck avanzó unos pasos por la arena de la avenida. La música resonaba a lo lejos. Permanecían en un lugar de penumbra.

— Ha sido por mi culpa que su manuscrito se ha mojado hoy — dijo Puck.

— ¿Tu culpa? ¿Por qué?

— Yo he tirado el jarrón.

Marianne Jessen se detuvo y miró a Puck.

— ¿Expresamente? ¿Y por qué motivo?

— Confío en que no se haya estropeado demasiado — deseó Puck sinceramente.

— No, no es nada serio, pero reconozco de buena gana que me he enojado mucho de momento. Pero era el comienzo de un capítulo y puedo volver a escribirlo fácilmente. Sólo que no comprendo...

— ¿Por qué lo he hecho?

— Sí. Me gustaría que me lo dijeras francamente.

— Lo hice porque quería que usted estuviera enojada, furiosa.

¡Ya estaba dicho! Ahora Puck suspiró profundamente.

Marianne Jessen la miró asombradísima. Estaba demasiado sorprendida para enojarse.

— ¿Por qué?

Todo aquello le parecía más bien ridículo.

— Porque era preciso evitar a toda costa que usted ganara a Karen en el concurso.

— Pero... ¡Cada vez entiendo menos!

— Se lo explicaré — dijo Puck —. ¡Si supiera usted comprenderme! Lo que yo quería era tratar de evitar que usted ganara. Era importante que Karen pudiera demostrar que era mejor que usted en algo... ¿No lo entiende?



Marianne Jessen dudó un poco. Nadie sabrá nunca lo que pensó. Y Puck prosiguió:

— ¡Karen había estado deseando tanto su visita! No puede usted imaginarse lo que para ella significaba. Pero al verla se sintió decepcionada..., un poco humillada. No era bastante elegante ni bastante brillante para usted... Tiene complejos de inferioridad al compararse con usted... Y parecía como si a usted ella le importara

poco.

Puck se calló y miró a su interlocutora en la penumbra.

La señora Jessen la tomó por un brazo.

— ¿De dónde sacas tus estúpidas deducciones? —preguntó con voz ronca.

— No son estúpidas deducciones. Es cierto. Conozco a Karen..., mejor de lo que pueda conocerla usted. ¡Se siente tan sola! Aquí todos nos hemos dado cuenta, pero esperábamos que su visita... Sólo que ha sido peor... Usted la ha hecho sentirse inferior... Ella teme que usted no la ame... No lo ha dicho, claro, no lo diría jamás... La encuentra tan maravillosa, la admira tanto... Pero...

Puck estaba casi sin aliento.

Marianne Jessen dijo entonces:

— ¿Sabes que me estás haciendo comprender muchas cosas?

—¿Sí?

— Mi ignorancia tiene excusas. Cuando se vive lejos, se cambia y... ¡Lo mejor es vivir juntos en el hogar! Pero no hablemos de eso. Dime sólo una cosa: ¿sabías tú que si yo estaba furiosa sería incapaz de hacer mi recorrido sin faltas?

Puck asintió:

— Sí, por eso he tirado el jarrón... Pero la señora Frank me ha dicho que una victoria obtenida por medios poco honrados no era una victoria.

— ¿Le has contado tú la historia?

— Sí.

— ¿Y ella te ha dicho que me lo confesaras?

Puck sacudió la cabeza.

—No, no me lo ha dicho. Pero yo lo he comprendido así.

Marianne Jessen pasó un brazo por los hombros de Puck.

— Me pregunto si no debería enojarme contigo, hijita... Pero en realidad te estoy muy agradecida... Ya que, lo repito, me has hecho comprender muchas cosas. De ahora en adelante todo va a cambiar.

Impulsivamente se inclinó y besó a Puck en una mejilla.

— Ven — dijo —, vamos a reunimos con los otros.

— ¿De veras no está enojada conmigo? —preguntó Puck.

Estaba empezando a sentir simpatía por Marianne Jessen. Adivinaba que, tras sus maneras un tanto desdeñosas, había un ser humano lleno de problemas tan serios como los que atormentaban a

Karen.

— No, tenlo por seguro — dijo Marianne Jessen, abrazando a Puck —. Eres, desde luego, un verdadero diablillo, pero te perdono.

Penetraron en el jardín de invierno. Púck entrecerró los ojos. ¡Qué fuerte era allí la iluminación!

Se acercó a los demás y se sentó en un sillón. Karen pasó por allí y Marianne Jessen alargó la mano para atraerla hacia ella.

— ¿Sabe usted —dijo—, señor director, que desde mi llegada deseo hacerle una petición?

— ¿De veras?

— Me gustaría hacer un largo viaje con Karen. Pero ¿cómo arreglar el asunto de sus estudios?

— ¿Un viaje?

Karen miró a su madre con sorpresa y alegría.

— Hace demasiado tiempo que vivimos alejadas una de otra, tesoro mío, y hay que poner remedio a eso. He pensado que dos o tres meses... Iríamos hacia el sur, hacia un país lleno de sol. La Costa Azul, por ejemplo.

— ¡Oh, mamá, no lo sabía!

— ¡Es factible! —contestó el director, sonriendo—. Las notas de Karen son buenas y creo que un viaje semejante le sentará muy bien.

Karen, impulsivamente, se echó en brazos de su madre y la apretó con fuerza.

— ¡Oh, mamá, será maravilloso!

Marianne Jessen guiñó un ojo a Puck por encima de los hombros de su hija; en sus pupilas brillaban las lágrimas.

— Sí, mi tesoro, será maravilloso.

La mirada de la señora Frank encontró la de Puck. La esposa del director le hizo un gesto casi imperceptible de aprobación.

Y Puck, de nuevo, sintió su corazón alegre. Por primera vez desde que la conocía, Karen era del todo feliz, del modo que se es feliz cuando la madre de una le estrecha fuerte y le dice: ¡Mi tesoro!

La música esparcía las notas de un baile endiablado, y Alboroto se acercó a Puck dándole un codazo que debía de ser una invitación.

Puck le miró y rió:

— Sí — dijo —, bailemos.



VII

La madre de Karen, señora Marianne Jessen, permanecía en el umbral del jardín de invierno de La Gran Granja, y contemplaba el esplendor rojo y dorado del otoño. Sus bellos ojos tenían una expresión grave, lo cual era excepcional en aquella mujer de mundo, elegante y agitada.

En los dos últimos años se había esforzado en no tomarse en serio nada de nada...

Pero, de pronto, y gracias a la intervención de Puck, todo había cambiado. Además, el director había autorizado a Karen a hacer un viaje de varios meses con su madre. Después, regresaría a Egeborg, pero su madre le había prometido que por lo menos dos veces por año estarían juntas. Por el momento, Karen era la más feliz de las criaturas.

En todo aquello reflexionaba ahora Marianne Jessen, contemplando el otoño. Dentro de poco aquel paisaje estaría lleno de nieve y frío. Pero ella y su querida hijita se encontrarían lejos, hacia el sur, tomando el sol. ¡Qué felicidad!

* * *

En el «Trébol de Cuatro Hojas» todo era agitación, Karen se iba al día siguiente y estaba preparando las maletas, ayudada por sus amigas. Puck, Navio e Inger procuraban demostrar animación, pero sabían que echarían mucho de menos a Karen.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Annelise.

— Bien, Karen, nunca habías estado tan bien equipada...

Empezó a revolverlo todo.

— Oh, qué «simpatiquísimo» es este vestido... ¿Por qué no me lo

vendes? Voy corriendo a pedirle dinero a papá...

— No, espera, Annelise —dijo Karen, y miró con un pequeño suspiro el desorden de su maleta —. No puedo vender las cosas que mamá me ha comprado.

— ¿Por qué, eh? — continuó Annelise —. Al menos pónelo para que te lo vea...

Sin esperar respuesta, empezó a revolver otra maleta. Pero Puck intervino riendo:

— No, cálmate, Annelise. Hemos tardado dos horas en arreglar esas maletas y tú sólo has necesitado cinco minutos para deshacerlas.

—¿Quieres chocolate? —preguntó Navio, que se había echado en su litera.

— Sí, *excelente* idea —respondió Annelise, y al instante olvidó las maletas y el vestido que quería comprarle a Karen.

Cuando Annelise atacó el tercer trozo de chocolate, exclamó:

— ¡Debería ocuparme un poco de mi línea y no comer tanto chocolate! Debería hacer como tu madre, Karen, que no come nada.

Karen la miró asustada:

— ¿Que dices, Annelise? ¿Mi madre no come nada?

Annelise pasó el brazo por los hombros de Karen para calmarla.

— ¡Tranquilízate, Karen! — dijo —. Lo que ocurre es que tu madre está tan emocionada ante la idea de partir de viaje contigo que ha perdido el apetito.

— ¿Es eso cierto, Annelise?

— Te lo prometo — dijo Annelise, solemnemente —. Mamá me lo ha contado...

Karen pareció de pronto muy ocupada ordenando la maleta, y luego dijo:

— Voy... voy a beber un poco de agua. Me ha entrado sed.

Y salió precipitadamente del cuarto.

Cuando volvió a entrar, estaba alegre y radiante, pero Puck sabía que había llorado y había tenido que ir a lavarse los ojos. Dijo alegremente:

— Bien, tu equipaje está listo, Karen, si es que Annelise no vuelve a revolverlo todo.

— Como no quieres venderme nada, Karen — dijo Annelise—, puedes cerrarlas. Mamá me ha dicho si no os gustaría a todas

vosotras cenar en La Gran Granja como despedida... Naturalmente, yo ya he dicho que sí en vuestro nombre.

— Debemos pedir permiso al señor Frank, de todos modos — observó la juiciosa Inger.

Annelise hizo un amplio gesto con la mano.

— Bien, se lo pediremos... Hay un menú estupendo para la cena. Y a tu lado, Karen, seguramente tu madre recuperará el apetito... ¿Dónde iréis, a la Riviére?

— Sí — dijo Karen con voz emocionada —, eso creo...

— Ah, qué formidable — murmuró Annelise —. En los pueblos de la Costa Azul podrás comprarte lindos vestidos, y zapatos y... Me siento feliz de que cenemos en mi casa juntas esta noche.

La conversación llena de saltos de Annelise había dejado de sorprender a sus amigas hacía ya mucho tiempo, así que se contentaron con darle las gracias por su invitación. No había duda de que el director las autorizaría a ir...

Aquella cena en La Gran Granja fue muy animada, pero de regreso al «Trébol de Cuatro Hojas» las chiquillas se sentían muy fatigadas. Sin embargo, tardaron mucho en dormirse. ¡Era tan raro pensar que la litera de Karen permanecería vacía durante meses!

Inger y Navio acabaron por dormirse, pero las otras dos no lo conseguían.

— ¿Duermes, Puck?

— No...

— Yo tampoco. Soy tan feliz... Y es a ti a quien se lo debo, Puck.

— ¿Por qué, Karen?

— Sí, Puck — respondió Karen dulcemente —. Has sido tú quien me ha conseguido una verdadera madre.

* * *

El día siguiente las tres amigas de Karen fueron dispensadas de asistir a clase para poder despedirla. Su madre y ella debían ir a París en avión, donde pasarían unos diez días antes de salir hacia el sur.

Reinaba gran animación cuando Marianne llegó en el coche que había de conducir las a Copenhague. El director y su esposa las despidieron. Las cuatro maletas de Karen esperaban en la entrada, es decir una para cada amiga. Puck fue la primera en asir una de ellas, pero en seguida suspiró:

— ¡Repámpanos, cómo pesa! No parecía pesar tanto cuando las hemos bajado...

— ¡Tampoco yo puedo levantar ésta! — dijo Navio.

Karen e Inger hicieron la misma experiencia al intentar levantar las dos restantes.

— Me parece que empiezo a comprender, chicas. Abramos las maletas.

Con gran esfuerzo, entre las cuatro colocaron una maleta en el suelo y la abrieron.

¡Y abrieron ojos como platos al ver, encima de los vestidos, cuatro enormes losas de cemento!

Puck estalló en risas:

— ¡Lo que estaba pensando! Alboroto y Cavador son dos chicos adorables, y han querido ponerte dentro de las maletas recuerdos suyos para que no les olvidaras. No dejes de escribirles una postal de agradecimiento.

El director, que llegaba entonces a la entrada, exclamó:

— ¡Cielos! ¿Qué es esto?

— Losas de cemento — dijo amablemente Puck —. Estoy casi segura de que son del jardinero. Es muy raro que estén en las maletas de Karen.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro del señor Frank, quien dijo:

— No tan raro como parece. Inger, di a Hugo y Henrik que bajen inmediatamente.

Inger volvió poco después con los dos traviesos muchachos, que, a la vista del director, se quedaron confusos.

El señor Frank, sonriendo amistosamente, les dijo:

— No creo que sea necesario preguntaros si habéis visto antes de ahora estas losas de cemento.

— No — murmuró Alboroto —. Son del jardín...

— Exacto —reconoció el director—. Y me gustaría que fueran devueltas allí en seguida. Y como vosotros dos sois muy fuertes, os ruego que me hagáis el favor de llevároslas.



Las cuatro amigas estuvieron a punto de no poder dominarse al ver a los dos muchachos cargar los bloques.

La señora Jessen no comprendía lo que pasaba, pero el director se lo explicó en un par de palabras.

— Hugo y Henrik son dos estupendos muchachos y excelentes compañeros. Pero al mismo tiempo son todo lo traviesos que se puede ser en este mundo —explicó—. En este momento, sin embargo, deben sentirse bastante mohínos.

Pero el director, en esto se equivocaba. Cuando los dos muchachos estuvieron en el jardín, con una losa cada uno en los brazos, Cavador sonrió divertido:

— ¿Lo ves, Alboroto? Tal como te dije. ¡Nos hemos librado de la clase de física!

— De acuerdo, Cavador — respondió Alboroto riendo —. Somos de veras dos genios. Y si trasladamos esos bloques con parsimonia, podemos librarnos también de la clase de inglés.

— Sí — exclamó Cavador con optimismo.

— Sólo que el director estará vigilándonos...

Después regresaron en busca de otras dos losas. Al acercarse al director, adoptaron una expresión triste para no despertar sospechas.

El señor Frank les miró:

— Escuchadme, chicos. He pensado que es mejor que dejéis el resto de las losas para cuando finalice la clase. Como la física y el inglés son vuestras materias favoritas, sería una lástima que os las perdierais.

Cuando los dos amigos se encaminaban por el corredor hacia la

clase, Alboroto sacudió la cabeza:

— ¡Es demasiado listo! —reconoció,

— Sí —admitió Cavadador—. ¿O tal vez es que nosotros no lo somos bastante?

Y, suspirando, entraron en clase...

En la entrada principal, los últimos preparativos tenían lugar. Las maletas habían sido colocadas en el portabultos del coche y, después de haberse despedido cariñosamente del matrimonio Frank y de sus amigas, Karen se sentó junto a su madre.

Sonriente, asomó la cabeza por la ventanilla y dijo:

— ¡Os escribiré todos los días!

Puck rió:

— ¡No prometas demasiado, Karen! Nos contentaremos con una carta por semana.

Poco después el coche se alejaba hacia la carretera principal.

— ¡Qué feliz debe de sentirse Karen! — murmuró Navio—. Ah, si yo pudiera hacer un viaje con mi padre...



—Sí —aprobó Puck, pensando en su propio padre, que trabajaba en el lejano Chile.

El director les sonrió:

— Escuchadme, hijitas... Espero que no os sintáis demasiado descontentas de estar en el pensionado.

— ¡Desde luego que no! —aseguraron ambas chiquillas al unísono.

Ya se disponían a subir por la escalera cuando el señor Frank llamó a Puck.

— Ah, Bente, ven al despacho. Debo hablar contigo.

Ella le siguió, preguntándose de qué se trataría. Él tomó asiento en su sillón y le rogó a ella que se sentara en otro.

— Gracias —respondió la chiquilla, mirándole un tanto inquieta.

El director jugueteó unos instantes con un pisapapeles y al cabo

dijo, en un tono intrascendente:

— Bien, Bente... De modo que, por una temporada, el «Trébol de Cuatro Hojas» tendrá tres hojas solamente.

Puck no podía negar aquello, de modo que no dijo nada. El señor Frank prosiguió:

— Karen no regresará hasta dentro de dos o tres meses... Y entretanto me gustaría que su sitio lo ocupara otra muchachita.

— Sí — murmuró Puck, algo molesta.

El señor Frank jugó de nuevo con el pisapapeles.

— Sé, Bente, que tanto tú como Inger y Lise preferiríais estar solas hasta que Karen vuelva. Es natural... Pero hay algo que...

Dejó el pisapapeles en la mesa.

Prosiguió:

— Has demostrado, Bente, muchas veces, tener temperamento. Y nos has ayudado mucho en repetidas ocasiones. Ahora te pido que nos ayudes de nuevo.

Puck se agitó en su asiento.

— ¿Y cómo puedo hacerlo, señor?

El señor Frank se reclinó en su sillón.

— Verás, Bente... En la habitación de encima de la vuestra, las cosas van muy mal. Sus ocupantes se disputan continuamente y, aunque ninguna de las otras tres ha venido nunca a contarme nada, sé perfectamente quién es la responsable.

— Sí — murmuró Puck, incapaz de permanecer quieta.

El señor Frank continuó gravemente:

— Sabes bien que tratamos por todos los medios de crear en el pensionado un clima agradable de compañerismo, pero de vez en cuando se presentan alumnos difíciles. Y se necesita habilidad para solucionarlos. Ése fue el caso de Lilian, donde tú triunfaste en toda la línea. Por esta razón voy a tener que sacar a Merete Dahl del cuarto donde duerme y ponerla en el «Trébol de Cuatro Hojas»... por un tiempo.

— ¡Ah! —exclamó involuntariamente Puck.

El señor Frank inclinó la cabeza.

— Te comprendo, Bente... Pero no me queda otro remedio. ¡De nuevo tendrás que mostrarme de qué eres capaz! Ignoro cómo lo harás, pero decidirán las circunstancias... Tengo plena confianza en ti.

— Gracias — murmuró Puck.

Cuando, cinco minutos más tarde, Puck subía al «Trébol de Cuatro Hojas», su buen humor estaba bajo cero. ¡Merete Dahl era el terror de la escuela!



VIII

El padre de Merete Dahl era un científico, un sabio, uno de los más eminentes botánicos de Dinamarca, con renombre mundial. Actualmente estaba trabajando en el Canadá, estudiando la flora de la bahía de Hudson. Aquel trabajo le ocuparía varios años, y era pagado por el gobierno canadiense, si bien las cuestiones monetarias eran siempre a segundo plano, ya que disfrutaba de una enorme fortuna personal y además la investigación científica le apasionaba.

La infancia de Merete había sido dichosa. Hija única, enormemente mimada. Su madre era una mujer dulce e indulgente que se inclinaba ante el trabajo de su esposo y ante los caprichos de su hija. Pero de pronto se había puesto enferma y murió.

Para Henrik Dahl y Merete aquél fue un golpe terrible, una herida que tardó en cicatrizar.

Pero ¡hay que seguir viviendo!

Como que el padre estaba absorbido por su trabajo, Merete quedó abandonada a sí misma durante un tiempo. No faltaban los criados en la gran casa del barrio residencial, pero duraban poco, ya que Merete les cansaba. Era desdeñosa e insolente y, si las cosas no le salían como deseaba, tenía crisis nerviosas. En sus momentos de

buen humor, encantaba a todo el mundo. Nadie resistía a su fina silueta, su porte elegante, sus bellos ojos azules, y sus largos cabellos rubios bien cuidados. Además, era inteligente, buena deportista y asombraba a todos con sus conocimientos.

Cuando el padre recibió la oferta del gobierno canadiense, se vio obligado a internar a su hijita en Egeborg. Llevaba en el pensionado sólo un mes pero se había convertido en una auténtica peste para sus compañeros, en particular para las tres alumnas que compartían su cuarto.

No era una mala chica, desde luego — nadie nace malo —, pero su educación y la mala entendida bondad de sus padres la habían convertido en insoportable.

* * *

Cuando, después de su visita al despacho del director, Puck entró en el «Trébol de Cuatro Hojas», la recibió la curiosidad de sus amigas.

—¡Qué formidablemente palpitante debe de ser, ser llamada así al despacho del director! —dijo Navio—. ¿Qué quería?

Puck se sentó en su litera suspirando.

— Nada agradable, amigas mías. Mientras Karen está ausente, tendremos aquí a Merete Dahl.

— ¿En el «Trébol de Cuatro Hojas»? —gimió Navio.

— Sí, ¡qué remedio!

— Oh, no, no... Nunca había oído algo tan odioso. ¡Rechusemos!

Puck se encogió de hombros.

— ¿Cómo podríamos hacer tal cosa, Navio? Es el director quien decide.

— Será terrible, terrible... Más que terrible. Yo me voy ahora mismo...

— ¿Dónde?

— A la habitación que ella deja.

— ¿Quieres, pues, abandonarnos?

— No, no... Pero eso será terrible, Puck.

— Seremos tres contra una.

Navio suspiró.

— También en la habitación donde está ahora son tres contra una y siempre es Merete quien gana. ¡Voy corriendo a protestar al director!

Puck la tomó por el brazo.

— No, espera, Navio... No seamos ridículas. Sé que no será agradable tener a Merete en el «Trébol de Cuatro Hojas», pero... tal vez podamos hacer algo por ella.

— ¿Hacer algo? —repitió Navio, refunfuñando—. Seremos nosotras quienes estaremos necesitadas de que hagan algo en nuestra ayuda.

Inger intervino con calma.

— Sé en qué piensas, Puck... Y supongo que el director te habrá insinuado algo al respecto. Merete sin duda está muy necesitada de ayuda.

—Eres demasiado buena para este mundo, Inger — declaró Navio, echándose en su cama.

La voz de Inger era siempre tranquila.

— Merete no me ha hecho nada. ¡No lo veamos todo negro! Dentro de dos o tres meses, Karen estará de regreso.

— ¿Qué propones, Inger? —preguntó Puck, que sentía gran respeto por su amiga.

— Propongo que las tres unidas, como siempre, hagamos un esfuerzo para ser indulgentes con los caprichos de Merete. Si desde el principio se da cuenta de que no puede enervarnos, lo dejará correr.

Súbitamente Navio exclamó:

— Eh... Tengo una idea.

— ¿Cuál? —preguntó Inger.

Navio gritó de entusiasmo:

— ¡Haremos que Annelise se ocupe de Merete!

Sus dos amigas no pudieron evitar el reírse.

— ¡Annelise!

—Sí, qué demonios... Annelise es tan loca como la otra y si ambas se arrancan el moño...

— Con eso sólo conseguiríamos una guerra suplementaria que habría que añadir al «Trébol de Cuatro Hojas»... Y sería además una cobardía.

— De todos modos podríamos intentarlo...

Puck la interrumpió:

— Deja de decir bobadas, Navio. Tomaremos las cosas según vengan. Siempre hemos sabido salir de los apuros dignamente. ¿No

es así?

En el mismo instante se abrió la puerta y entró bruscamente Merete Dahl, con una maleta en cada mano. Detrás de ella se veía a la «capitana de corredor», señorita Holm, llevando también dos maletas.

— ¡Vaya! —exclamó Merete—. Es pues con vosotras que tengo que compartir *mi* cuarto...

— No —rectificó Puck sin turbarse—. Somos nosotras quienes vamos a compartir contigo *nuestro* cuarto.

—Sé bien venida al «Trébol de Cuatro Hojas», Merete.— dijo Inger.

La alta y linda chiquilla no se dignó responder, pero dejó sus maletas en el suelo.

Como quisiera avanzar más en la pieza y encontró en su camino la silla de Inger, dijo:

— ¡Haz el favor de apartarte! No necesitas ocupar todo el cuarto...

— Claro que no — respondió tranquilamente Inger, apartándose. Merete se volvió hacia la señorita Holm y dijo desdeñosamente:

— Deje mis maletas aquí, ahora mismo.

La figura regordeta de la señorita Holm tembló de cólera contenida, pero el director le había ordenado que hasta nuevo aviso fuera indulgente con Merete Dahl. Dejó pues las maletas a los pies de la chiquilla sin decir palabra y salió del cuarto.

— Ja, ja, ja...

Navio reía y agitaba sus piernas al aire.

— ¿Eres siempre tan loca?

— ¿Loca? Simplemente estoy de buen humor..., como siempre lo estamos en el «Trébol de Cuatro Hojas». ¿No quieres ordenar tus maletas?

Puck no parecía contenta de aquella situación; intercambió una rápida mirada con Inger, quien, comprendiéndola, se levantó y dijo amablemente:

— Ven, Merete. Te ayudaré a colocar tus cosas en el armario.

Pero Merete la detuvo con un gesto.

— Gracias, Inger... Pero no necesito tu ayuda para nada.

— Es que aquí tenemos por costumbre ayudarnos las unas a las otras...

Merete no respondió. Colocó sus cuatro maletas en la cama y echó una ojeada al lavabo.

—¿No tenéis esmalte para las uñas y polvos en esta choza?

— Está prohibido por el reglamento.

— ¿Prohibido? —rió Merete altiva—. ¡Qué divertido será convivir con tres ángeles como vosotras!

Puck suspiró. ¡Aquello aún se presentaba peor de lo que había previsto!

* * *

Los días siguientes fueron poco divertidos para Puck, Navio e Inger. ¡Merete gruñía y ordenaba como si el pensionado de Egeborg fuera suyo en exclusiva!

Mientras ella estudiaba, Merete exigía un silencio absoluto. Había que admitir que era una alumna brillante, que obtenía siempre las mejores notas...

Algunos días después, mientras paseaba sola por el jardín, Puck encontró a la señora Frank. La joven esposa del director le pasó un brazo por los hombros y le preguntó:

—¿Cómo van las cosas en el «Trébol de Cuatro Hojas»?

—Pues... Bien, gracias.

La señora Frank rió:

— Aunque sólo vaya bien a medias, Bente, debéis ser pacientes. ¡Las cosas irán mejorando!

— ¿Lo cree así, señora? —preguntó Puck escéptica.

— Naturalmente —respondió sonriendo la dama—. Tú puedes hacer milagros. Mi marido espera que hagas un esfuerzo... ¿Contra quién se muestra Merete más desagradable?

— Contra Inger, creo...

La señora Frank asintió con un gesto.

— Es normal, no me extraña. Hasta ahora Inger ha sido la alumna más brillante del pensionado, lo que debe disgustar a Merete, que es también, indiscutiblemente una buena alumna.

— Sí — respondió Puck —. Sus respectivos padres son científicos muy renombrados...

La señora Frank apretó el brazo de Puck.

— Sí, Bente... Sé lo que quieres decir. También el hecho de que el padre de Inger sea un científico famoso debe de irritar a Merete. ¡Será una terrible batalla entre ellas, pero yo confío en ti, Puck!

— Sí, señora —tartamudeó la chiquilla—. Haré... lo que pueda.

— Lo sé... Y te deseo suerte. Si sucede algo importante, ven a contármelo.

— Así lo haré, gracias...

La corta charla con la esposa del director la había animado un poco.

Merete estaba sola en el «Trébol de Cuatro Hojas», cuando ella entró.

— Merete... ¿Dónde están las otras?

Merete ni se dignó levantar los ojos del libro de estudio.

— No tengo la menor idea —dijo—. Y podrías hacerme el favor de no armar tanto ruido.

— Perdona. ¿Estás estudiando algo interesante?

— Sí...

— ¿Qué es?

— Fisiología...

— ¿Qué?

— Ah, cierra la boca y déjame trabajar.

— Claro, claro...

Puck permaneció tendida en su cama contemplando el techo de la habitación.

— Dime, Merete —dijo al cabo de un rato—. ¿Cómo lo haces para ser tan inteligente?

Merete la miró:

— Si tratas de halagarme, puedes ahorrarte la molestia. ¡Ya he oído bastantes bobadas en la otra habitación donde estuve! Lo que penséis de mí todas vosotras me tiene sin cuidado.

Puck se sentía hervir por dentro, pero trataba de dominarse. Habían convenido ella y sus amigas tratar de dominar a Merete por «la dulzura».



¡Una tarea imposible!, se dijo ahora Puck. Karen, al principio, había sido terrible. Y también fue difícil Lilian... ¡Pero las dos juntas no eran nada comparadas con Merete!

Puck suspiró. No quisiera decepcionar a la señora Frank, pero...

Inger y Navio entraron entonces, viniendo de un paseo por el lago Ege.

—Hola, hola — dijo Navio alegremente.

—¡Cállate! —ordenó Merete.

Navio hizo una mueca:

—La señora debe excusarme si estoy importunando sus investigaciones científicas, pero yo digo «hola» cuando me place. Así lo hacemos en el «Trébol de Cuatro Hojas» y si tú no quieres adaptarte, ¡tendrás que irte! Nadie te echará de menos...

—Navio — exclamó Puck, conciliadora —, cálmate.

—Bah... Repito lo dicho... Si no está a gusto aquí, que se largue...

—Cállate, pequeña imbécil... Lo que tú pienses me tiene sin cuidado, pero quiero que te calles para poder seguir estudiando.

—Salgamos — dijo Inger, en tono pacífico —. Es natural que Merete quiera silencio para sus estudios.

Por extraño que pueda parecer, aquellas palabras de Inger acabaron de encolerizar a Merete.

—¡Oh, qué noble eres, Inger! Qué dulce, qué comprensiva... ¿Acaso temes competir conmigo?

—¿Competir?

Merete rió con arrogancia.

—Sí... Hasta ahora has sido tú la estrella de Egeborg... Pero a partir de ahora tu luz va a apagarse, ya que yo te venceré, muchacha orgullosa...

Con rabia, Navio apretó sus puños.

—Ah, Inger, Puck... ¿Me permitís que le dé una paliza?

—¿Tú? —rió Merete—. Podría hacerte dar vueltas por el aire si quisiera, boba...

—¡Demuéstralo! —chilló Navio, en posición de ataque. Pero Puck tomó del brazo a Merete que se precipitaba ya contra Navio.

—¡Basta, Merete! Es culpa tuya que los demás se enojen contigo. ¡No queremos peleas en el «Trébol de Cuatro Hojas»! Trata de tomarte las cosas con tranquilidad...

— ¡Suéltame! — ordenó Merete.

— Cuando estés más calmada —dijo Puck con sangre fría.

Furiosa, Merete quiso abofetear a Puck... Pero más le hubiera valido no intentarlo.

Puck hizo un gesto ultra rápido para esquivarla y... Merete cayó al suelo cuan larga era.

— ¡Bravo! —gritó Navio—. Ni yo lo hubiera hecho mejor, Puck.

Inger se inclinó para ayudar a su compañera a levantarse, pero Merete gruñó:

— ¡Déjame en paz!

Y se levantó sin ayuda.

Permaneció unos segundos indecisa, como si tuviera deseos de lanzarse contra Puck, pero el tratamiento que acababa de recibir la hicieron dudar. Y como de costumbre, hizo caer sobre Inger toda su furia.

— ¡Haciéndote siempre la noble, y no eres más que una hipócrita!

Puck dijo brevemente:

— Ven, Inger, y tú Navio, salgamos.

Las tres amigas abandonaron el cuarto. Al llegar al jardín Puck se dio cuenta de que había lágrimas en los ojos de Inger.

— ¿Qué ocurre, Inger? No te dejarás impresionar por esa loca, ¿verdad?

— Sí, un poco — respondió Inger con voz velada.

Puck se sintió molesta, ya que nunca había visto a Inger en aquel estado.

En general era una jovencita tranquila, juiciosa, razonable, que dominaba la situación... ¡Y ahora lloraba!

— ¿Ha ocurrido algo especial entre vosotras?



Inger titubeó un poco:

—Verás... Ayer Merete me preguntó si sabía quién era Carlos de Linneo... y como lo sabía se puso furiosa...

— Claro — dijo Puck.

— ¿Cómo?

— Sí, ésta es la cuestión, Inger —dijo Puck enérgicamente—. Merete no puede soportar que los demás sepan tanto como ella. Navio la trata más duramente que tú, pero es contigo, que eres muy estudiosa, con quien se enfada.

— A mí me tiene por un espíritu débil, supongo — dijo Navio.

Puck rió:

— ¿Qué nos importa lo que piense Merete?

Y volviéndose hacia Inger añadió:

— No te lo tomes demasiado en serio, Inger. Las tres pasaremos unos meses penosos... pero debemos ser valientes.

Lentamente se encaminaron hacia el lago Ege. Puck estaba de malhumor por haber visto llorar por primera vez a su querida Inger. ¡Sí, Navio tenía razón! Aquella Merete era una auténtica peste.

Mientras estaba sentada entre sus amigas, en un banco, a orillas del lago, Puck de pronto tuvo una idea. ¡Cómo no haberlo pensado antes!

Alboroto y Cavador eran dos chicos muy traviesos, pero excelentes compañeros, que no se negarían a prestarles ayuda inmediata.

— Ya veréis —dijo, animada súbitamente—, ya veréis cómo todo acaba por arreglarse. ¡No nos dejaremos vencer por una Merete cualquiera!

— Hum —exclamó Navio.



Al día siguiente, después de las clases, Puck tuvo una cita secreta con Alboroto y Cavador. La reunión tuvo lugar en el sótano, donde los chicos guardaban su jaula de ratas blancas.

Ambos escucharon con gran atención a Puck, que les contó sus dificultades con Merete. Cuando hubo terminado, Alboroto dijo:

—¿En qué podríamos serte útiles, Puck?

Ella dudó un poco.

— No lo sé muy bien... Pero poseéis dos sólidas cabezas y buenas ideas, ¿no?

Alboroto convino en ello.

— Sí. Es cierto. ¿Verdad, Cavador?

— ¡Las mejores cabezas del pensionado! —afirmó Cavador—. Y naturalmente que vamos a ayudarte, Puck, puedes contar con ello.

Alboroto gruñó un poco:

— Claro que todavía tenemos pendiente el asunto de las losas de cemento, Puck... Pero por el momento dejaremos correr esta cuestión para ocuparnos de Merete. ¿Hay que tratar de echarla de la escuela?

— ¿Echarla? —Puck estuvo a punto de desmayarse—. ¡Nada de eso! Ha de ser algo... digamos más discreto.

Alboroto reflexionó:

— Algo inventaremos. ¿Verdad, Cavador?

— Claro...

— ¿Y cuál será el precio por vuestra ayuda?

— Pues... dos helados en la pastelería de Bose.

— ¡De acuerdo!

— Y dos vasos de limonada — añadió Cavador.

— ¡Sois un par de usureros! Pero está bien, de acuerdo también con las limonadas.

— En tal caso, empiezo a reflexionar — dijo Alboroto.

— ¿Cuánto tiempo necesitaréis?

Alboroto se rascó la nuca pensativo.

— Pues bien, mi pequeña Puck, depende de las circunstancias. Pero no quedarás decepcionada.

Una vez Puck hubo partido, los dos amigos permanecieron pensativos en silencio hasta que Cavador exclamó:

— Alboroto...

— ¿Qué?

— Tengo una idea...

— ¡Hum! — desconfió su compañero.

— Sí, sí... Es buena. Merete, todos estamos de acuerdo en ello, es un verdadero suplicio para el pensionado. Pues, bien, hagámosle la vida tan imposible que no le quede otro remedio que hacer las maletas y largarse.

— ¡Tonterías! Puck acaba de decirnos que no se trata de echarla.

Temblando de cólera, Cavador dijo:

— ¿Acaso Puck ha de decirnos lo que debemos hacer?

— Mi querido Cavador —dijo Alboroto con indulgencia —, aunque eres casi tan listo como yo, hay ocasiones en que deliras. ¡Si no hacemos lo que dice Puck, adiós helado y limonada!

Cavador se rascó la frente.

— ¡No lo había pensado! Eres realmente ultrabrillante, amigo mío.

— Ya lo sé — repuso Alboroto con modestia —. Ven, vamos a dar un paseo. Tal vez se nos aclaren las ideas.

Y ambos salieron.

* * *

La guerra en el «Trébol de Cuatro Hojas» proseguía. Cosa extraña. Merete la tomaba siempre con la buena y dulce Inger, celosa de que fuera la alumna más brillante del pensionado y temerosa sin duda de no poder vencerla.

Al cabo de cierto tiempo, Inger no parecía la misma. No solía sonreír mucho, en general, pero ahora no lo hacía nunca, y sus

dulces ojos castaños revelaban una auténtica desesperación.

Puck tenía grandes deseos de declarar a Merete una guerra abierta, pero había que respetar la promesa hecha a la señora Frank..., por difícil que resultara.

Una tarde, las cuatro muchachitas estaban estudiando en el cuarto. Cosa excepcional, los espíritus estaban en calma.



Puck, Merete e Inger estaban sentadas ante sus respectivas mesitas, en tanto Navio estudiaba cómodamente estirada en su litera, boca abajo. Sus piernas, enfundadas en unos pantalones téjanos, se agitaban al aire, demostrando su profunda concentración.

—Dime —dijo de pronto—, ¿cuál es el nombre del joven que en 1920 y 1935 condujo una manada de renos domesticados hasta el río Mackenzie?

— El danés Morten Porsild —contestó Merete brevemente—. ¡Pero cállate!

Inger levantó la cabeza y repuso con dulzura:

— No Merete, no fue Morten, sino Alf Porsild, su hijo, quien llevó a cabo la hazaña.

— ¿Cómo dices? —Merete se exaltó—. ¿Acaso tratas de darme lecciones a mí? Mi padre es botánico y ¿supones que no conozco a Porsild?

— Sí, sé que lo conoces... Pero estás confundida. Fue Alf, ayudado por su hermano Thorbjørn, quien condujo la manada de tres mil renos.

— ¡Qué sabia eres!

— Oh, es casualidad, Merete — reconoció Inger —. Mi padre es zoólogo, y por ello estoy interesada en este transporte de renos que tanto representó para los esquimales.

Navio rió:

— ¡Qué suerte, Merete, que hayas podido aprender algo de Inger!

— ¡Cállate! —ordenó Merete, desdeñosa—. ¡Nadie te ha pedido tu opinión!

— Vamos, vamos — dijo Puck, conciliadora —. Dejadme estudiar...

— ¿Tal vez yo te molesto? —preguntó Merete en tono de desafío.

— No, no...

— ¡Por si las moscas, me iré a estudiar al salón!

Merete salió dando un portazo.

—¡Qué harpía! — dijo Navio —. Ha sido estupendo, Inger, que le hayas cerrado el pico.

— No fue ésa mi intención —contestó Inger, sacudiendo tristemente la cabeza.

— Merete no reconocerá jamás que se ha equivocado — observó Puck —. Le falta grandeza de alma para ello.

— Estoy segura — comentó Navio — de que a sus propios ojos tiene tanta grandeza que no cabe en su piel.

Puck rió:

— En el fondo, Merete me inspira compasión.

Navio se quedó con la boca abierta:

— ¿Compasión esa harpía?

— Sí, francamente, ya que en el fondo debe de sentirse desdichada. Haríamos una buena acción ayudándola de un modo u otro.

— No cuentes conmigo, para eso — dijo Navio.

— ¿Y tú qué dices, Inger?

Inger no levantó la mirada del libro.

— Ah, ya no sé qué decir, Puck. La vida ya no es agradable aquí... Pero sin duda tienes razón y Merete se siente desdichada. Me pregunto si tiene una verdadera amiga...

Puck no respondió, pero las palabras de Inger la hicieron reflexionar. ¿Había Merete tenido alguna vez una verdadera amiga? Sus padres la habían mimado mucho, y sin duda había tenido muchas compañeras de clase que, a causa del dinero y posición de su familia, diría amén a todos los caprichos de Merete. ¡Pero eso no es amistad, desde luego!

Puck suspiró.

— Sí, tal vez la explicación sea ésa... Pero qué difícil debe de resultar hacerse amiga de Merete Dahl...

* * *

Merete se encontraba sola en el «Trébol de Cuatro Hojas», cuando la señorita Holm abrió la puerta y lanzó una carta en su cama.

—Para ti — dijo secamente.

Y volvió a salir cerrando la puerta con un golpazo.

Merete por un instante deseó salir y gritarle cuatro palabras impertinentes a la señorita, pero la curiosidad la dominó.

Tomó la carta y por el sobre vio que procedía de una importante empresa cinematográfica. Estaba dirigida a:

Señorita Merete Dahl Pensionado de Egeborg Por Oesterby
¿De qué se trataría?



Abrió el sobre y sacó la carta, que leyó:

Señorita Merete Dahl:

Me tomo la libertad de escribirle, ya que hace algún tiempo tuve ocasión de conocer a su padre, que me enseñó algunas fotografías de usted. Supongo que, como tantas jovencitas, se sentiría usted feliz de poder actuar en una película.

Como sin duda sabrá por los periódicos, estamos actualmente rodando en Simdkoebing.

Si mi proposición le interesa, acuda a verme el domingo por la mañana. Necesito para el rodaje a una jovencita de su estilo y haríamos una prueba.

Me alojo en el hotel de Sundkoebing. Si no puede usted venir, telefonéeme; en caso contrario, la estaré esperando.

Atentamente,

John Wagner productor

Merete se dejó caer en la silla. ¡Veía estrellas! ¿Artista de cine?

Qué suerte... ¿Por qué su padre no le había hablado nunca de su conversación con el célebre productor cinematográfico?

Turbada, se pasó la mano por la frente.

Desde luego había leído en los periódicos que el célebre John Wagner estaba rodando una película en Sundkoebing... y el cine era precisamente su gran sueño.

¡Qué maravillosa suerte le caía del cielo!

Se metió la carta en el bolsillo. ¡Claro que acudiría a la cita! Pero no diría nada de la prueba que iba a hacer, así luego sería una sorpresa para todos...

Cuando Inger, Navio y Puck entraron, se quedaron bastante sorprendidas de hallar a Merete de excelente humor.

Y aquella vez el ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas» fue idílico. Merete se mostró tan gentil, que pronto Navio entró en sospechas.

— Inger — dijo Merete de pronto —, tenías razón respecto a Porsild. Fue, en efecto, el hijo quien condujo los renos a Alaska.

— Me alegra que estemos de acuerdo — dijo Inger.

Merete sacudió sus rizos rubios.

— Todo el mundo puede equivocarse.

— ¿Tú también? —preguntó Navio.

Y, cosa increíble, Merete repuso:

— Claro, como cualquier otra persona.

— ¡Hum! — exclamó Navio.

Inger y Puck no dijeron nada.

* * *

El domingo por la mañana Merete se levantó con las gallinas. Tenía un despertador moderno y suave, pero de todos modos Puck se despertó y dijo, frotándose los ojos:

— Merete... ¿Por qué te levantas tan temprano? Es domingo...

Merete, que estaba lavándose los dientes, dijo:

— Voy a Sundkoebing.

— ¿De veras? —Puck bostezó—. No sabía que tuvieras allí amistades. ¿Te quedarás todo el día?

— No, sólo unas horas... Anda, vuelve a dormirte.

Puck quedó quieta, muy intrigada. ¿Qué demonios le ocurría a Merete? Saltó de la litera y se acercó a la ventana.

— Qué tiempo más espléndido —dijo—. También a mí me

gustaría ir a Sundkoebing.

— ¡Conmigo no! —se apresuró a puntualizar Merete, bruscamente—. Quiero ir sola.

—Bien... No pensaba imponerme...

Merete sacó entonces de su bolso esmalte para las uñas y empezó a usarlo.

Puck dijo amablemente:

— ¡Que no te vea el director, Merete! Está prohibido en la escuela...

— ¡Que se vaya a paseo el director! — declaró Merete con arrogancia—. ¿Acaso somos esclavas?

— No — respondió Puck con calma —. Somos alumnas, pero hay que hacer lo que se nos manda.

Merete gritó:

— Guárdate tus sermones. Yo hago lo que me parece sin atender a consejos ajenos.

Se colocó un elegante sombrerito, se miró al espejo y se volvió hacia Puck.

— Me voy ahora... He de tomar el tren en Oesterby a las siete treinta...

— Buen viaje, Merete.

— Gracias.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Navio dijo a Puck:

— Oye, toda esta historia me parece muy misteriosa.

— Sí, opino lo mismo.

— Las tres estamos de acuerdo — dijo Inger, saltando de la cama.





El pequeño y simpático tren que iba de Oesterby a Sundkoebing atravesaba el bello paisaje de Sjaelland. Pero Merete Dahl no tenía ojos para la belleza de la naturaleza. Su espíritu estaba absorto por la entrevista que la aguardaba. Ah, cómo la envidiarían miles y miles de muchachas danesas...

Muy segura de sí misma, no dudaba del resultado satisfactorio de la entrevista y la prueba. Pronto sería una rutilante estrella del mundo del celuloide...

Cuando el tren llegó a Sundkoebing, Merete tomó la calle principal y trató de localizar el hotel. Era el edificio más importante de la plaza del Mercado, y al cruzar la puerta el corazón de la jovencita empezó a latir apresuradamente.

Merete se acercó a recepción y dijo:

— Quisiera hablar con el señor John Wagner.

— ¿Cómo?

El camarero, somnoliento, abrió los ojos.

— ¿Acaso no hablo claro? Quiero hablar con el productor de cine John Wagner.

— Será difícil — contestó el hombre.

— ¿Difícil? —rugió indignada Merete—. ¡Me está esperando! Búsquele en seguida.

— Digo que será difícil, querida damita, porque el señor Wagner y todos los cineastas se fueron ayer a Copenhague.

— ¿Cómo? —Merete estuvo a punto de atragantarse.

— A Copenhague, la capital de Dinamarca. ¿No lo sabía?
Merete palideció y tuvo la impresión de que el suelo se hundía a sus pies.

— No... lo comprendo... Me había citado.

— Tal vez se equivocó de fecha — bostezó el camarero —. ¿Cómo se llama usted?

— Merete Dahl.

— Ah, en tal caso, hay una carta a su nombre.

Buscó en una estantería y tendió una carta a la chiquilla.

— Gracias.

Merete tenía enormes deseos de abrirla allí mismo, pero una voz interior le aconsejó esperar a hacerlo en la calle.

Una vez fuera, Merete se detuvo en la acera y rasgó el sobre. Desdobló el papel y... ¡se quedó paralizada!

En la parte alta de la hoja había una caricatura de ella misma y abajo se leía:

«Ah pobre boba. ¿Crees que tienes la más pequeña posibilidad de triunfar en el cine? Claro que te esfuerzas mucho en hacer monerías y apuntar al cielo con tu nariz impertinente. ¡Pero no es de eso que se hace una gran actriz! Será mejor, pequeña Merete, que regreses a Egeborg y sigas brillando en tus estudios. Claro que, si decides escaparte y no volver más, nadie allí te echará de menos.»

No había firma.

Merete permaneció unos segundos inmóvil. Releyó la carta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Ah, qué cosa más horrenda, más baja, más vil...

Rompió la carta en mil pedazos y empezó a acercarse lentamente a la estación.

En el tren, estuvo quieta, amorfa, la mirada perdida.

¡Imposible pensar que el señor Wagner se hubiera entretenido en gastar una broma de tan mal gusto! ¿Cómo era posible...?

El regreso a Oesterby le pareció eterno. En la estación tomó un taxi.

Al llegar al vestíbulo del pensionado vio a una media docena de alumnos muy divertidos, al parecer, ante una gran pancarta. En cuanto la vieron a ella, parecieron enloquecer de alegría.

— ¡Ahí está en carne y huesos!

— ¿Hablas de mí? —preguntó Merete en tono áspero.

— Sí, naturalmente — respondió la otra riendo —. ¡Mírate en la pancarta!

Merete así lo hizo.

En la pancarta, pegada a la pared con cuatro clavitos, había la misma caricatura de Merete que en la carta, y abajo con letras mayúsculas podía leerse:

MERETE DAHL LA VEDETTE NÚMERO UNO DE DINAMARCA.



Durante unos segundos, Merete tuvo vértigo; después, con gesto rápido, desgarró la pancarta y subió corriendo hacia el «Trébol de Cuatro Hojas».

Puck estaba dentro escribiendo a su padre. Al ver a Merete llorando, le dijo amablemente:

— ¿Qué te ha sucedido, Merete? ¿Por qué lloras?

Merete se quitó el sombrero y lo tiró en la cama.

— ¡Déjame tranquila! No necesito tu compasión... Y además sin duda también formas parte del complot, es cosa segura...

— ¿Complot? — exclamó Puck—, No sé de qué me hablas, Merete. ¿Qué complot es ése?

— ¿Acaso crees que soy completamente idiota? —dijo Merete sollozando—. ¿No has visto mi caricatura abajo en la entrada?

— No — respondió Puck —. Ignoro de qué caricatura hablas.

— Bien, veo que no mientes...

Llorando, Merete se echó en su cama. Y, de modo extraño, repentinamente, abrió su corazón. En breves frases, cortadas por sollozos, contó a Puck lo sucedido... La carta de Wagner, que sin duda era falsa; el portero del hotel, la carta con su caricatura..., y

ahora la pancarta en el vestíbulo del pensionado.

Puck, a pesar de los sollozos, acabó por comprenderlo: ¡Alboroto y Cavador habían entrado en juego! ¿Cómo diablos se les había ocurrido aquella idea? Alboroto era un excelente dibujante y sin duda no le fue difícil hacer las caricaturas...

— No llores, Merete — dijo Puck, para consolarla —. Todos tenemos decepciones en la vida...

— Quisiera estar sola —sollozó Merete—. Déjame...

Su tono era mucho más dulce que de costumbre. ¡Buena señal!

Puck salió del cuarto y cerró suavemente la puerta.

* * *

El rumor sobre la caricatura de la entrada se extendió rápidamente por toda la escuela, pero nadie sabía quién lo había hecho. Pocos entre los alumnos compadecieron a Merete, ya que en poco tiempo de pensionado había conseguido hacerse impopular.

Puck fue al encuentro de Alboroto y le halló junto al lago. Ni su voz ni su expresión revelaban nada cuando dijo:

— Y bien, Alboroto... ¿Cómo van las cosas? Espero que no hayas olvidado lo que convinimos... ¿Aún no has inventado nada?

Alboroto rió de buena gana.

— Calma, pequeña Puck. En asuntos tan importantes, hay que hacer preparativos. Puedo asegurarte que antes de ocho días tu Merete estará tierna como un corderito.

Puck rió.

— Alboroto, ¿por casualidad no sabrás nada de una caricatura que hay en la entrada?

— ¿Yo? —exclamó Alboroto, inocente como un angelito—. ¿Cómo puedes suponer tal cosa?

Puck conocía suficientemente a Alboroto como para saber que, por el momento, no conseguiría arrancarle una palabra. Pero ella estaba segura de que la broma gastada a Merete llevaba el sello inconfundible de los dos traviesos muchachos.

De pronto tuvo una idea y regresó al «Trébol de Cuatro Hojas». Sentada junto a la ventana, Merete contemplaba el parque.

— Merete — dijo Puck —. ¿Quieres enseñarme la carta que recibiste?

— No —respondió Merete vivamente—. No vale la pena.

— Déjame al menos ver el sobre.

—¿Por qué?

— Quisiera averiguar algo.

— Bien, si esto te divierte... —gruñó Merete, lanzándole el sobre vacío.

Puck lo estudió con gran interés. Era desde luego un sobre con membrete auténtico, de la empresa cinematográfica de John Wagner. Pero presentaba la curiosidad de llevar sólo sellos de cinco céntimos, con lo que debía llevar muchos. Pronto estuvo Puck convencida de que tantos sellos ocultaban alguna cosa.

Sí, ahora estaba segura... Aquel sobre ya había sido usado anteriormente, y con los sellos habían tapado el nombre y la dirección primera para poder usarlo de nuevo.

¡Puck hubiera podido apostar que los nombres primitivos eran los de Hugo y Henrik!

Era preciso reconocer que la broma había sido realizada con astucia. Sin duda. Alboroto y Cavadore habían escrito a la empresa de cine pidiendo un dato cualquiera y así habían obtenido el sobre que precisaban para engañar a Merete.

Aquella era la explicación sin duda.

* * *

Durante la comida en el refectorio, Merete permaneció con la boca cerrada, sin dignarse mirar a nadie. Con aire malhumorado, tomó su servilleta y debajo ¡halló otra carta!

Merete la tomó vivamente y pudo ver la misma caricatura de antes con la inscripción siguiente:

ÉSTA ES MERETE, UNA CHICA INTELIGENTE, SIEMPRE ESTUDIOSA Y OMNISCIENTE. ALEGREMENTE LE HACEMOS SABER QUE SU FRACASO EN EL CINE SERÁ DIGNO DE VER

Merete se levantó, arrugó el papel, tomó su plato y lo echó al suelo, donde se rompió en mil pedazos. Luego salió del comedor llorando.

La agitación entre el alumnado fue grande. La señorita Brink, que estaba de guardia, acudió rápidamente.



—¿Qué ocurre? —dijo, y su bello rostro estaba sorprendido—. ¿Quién ha roto este plato?

— Merete —respondieron varias voces—, ¡Se ha vuelto loca de repente!

— Pero ¿por qué?

Los vecinos de Merete en la mesa le explicaron que la chica había hallado un papel debajo de su servilleta; Merete lo había estrujado y luego tirado al suelo con furia su plato. Era todo lo que sabían.

La señorita Brink se volvió hacia Inger.

— Inger, vigila el comedor en mi ausencia — dijo —. Voy a buscar a Merete.

— De acuerdo — dijo Inger.

La señorita Brink corrió al «Trébol de Cuatro Hojas». Merete estaba en su cama, sollozando. La joven profesora se sentó a su lado y le acarició el cabello.

— Merete..., ¿qué te ocurre?

— Déjeme en paz...

— Vamos, Merete...

—¡Déjeme! —repitió Merete enervada—. No es asunto suyo... Váyase...

La señorita Brink permaneció perpleja unos segundos. No podía dejarse a la chiquilla en aquel estado... Sería mejor llamar al director.

Y bajó a su despacho.

* * *

De nuevo los rumores corrían por todo el pensionado. ¡Qué loca

era Merete Dahl! Y en realidad, ¿qué había pasado? Nadie sabía qué había escrito en el papel que ella había encontrado en el comedor.

Finalizada la comida, la señora Frank se acercó a Puck.

- No subáis a vuestra habitación por el momento. Mi esposo está hablando con Merete y será mejor que esperéis un poco.

Las tres amigas, pues, aguardaron en el salón, esperando. Al cabo de un cuarto de hora, la señora Frank pasó la cabeza por la puerta y dijo:

— Inger y Navio, podéis subir. En cuanto a ti, Puck, mi marido quisiera hablar contigo.

El director y la señorita Brink estaban ambos sentados en el despacho y Puck se sentía incómoda.

— Siéntate, Bente — dijo el director.

— Gracias.

Puck se encontraba inquieta. El director tomó la palabra:

— Bente, ni la señorita Brink ni yo hemos podido sacar a Merete ni una sola palabra de lo sucedido en el comedor. ¿Puedes tú decirnos algo?

Para Puck, que siempre decía la verdad, aquélla era una circunstancia difícil. Desde luego, Merete, en un brusco acceso de confianza, le había contado lo sucedido, pero con seguridad ya debía de estar lamentándolo y no le gustaría que los demás se enteraran. Además, había que pensar en Alboroto y Cavador... Si ella hablaba, el director sabría en seguida quiénes eran los autores de la broma... ¡Y ella no podía acusarles, ya que le constaba que lo habían hecho con las mejores intenciones del mundo!

— Bien, Bente... Me doy cuenta de que estás al corriente...

Puck asintió con un gesto.

— Sí, pero... Merete me ha contado algo..., aunque estoy segura de que no le agradaría...

El señor Frank y la señorita Brink se miraron.

— Sabes muy bien — dijo la joven profesora —, que ni el señor director ni yo diremos una sola palabra a nadie. Además no es por curiosidad que queremos saberlo, sino... para mejor ayudar a Merete...

— Sí, lo sé... —murmuró Puck, bajando la cabeza.

Se removía en su silla.

— Yo creo —dijo— que todo se arreglará... si esperamos algunos

días más sin intervenir para nada. ¡Por favor! Sólo hasta el fin de semana...

El director miró de nuevo a la profesora y después dijo comprensivo:

— Está bien, Bente... No queremos atormentarte... y además tenemos confianza en ti.

— Gracias —murmuró Puck.

Saludó educadamente y desapareció como un rayo. Un instante más tarde, se hallaba en el «Trébol de Cuatro Hojas», donde Inger y Navio la miraron interrogantes. Merete, sentada al borde de su cama, miraba al vacío.

Cuando llegó la hora de acostarse, se puso el pijama y se metió en su litera sin decir palabra. La capitana de corredor se asomó a la puerta.

— ¿Todo en orden, hijitas?

— Sí, señorita.

— Dormid bien.

— Gracias...

La puerta se cerró suavemente y las chiquillas permanecieron silenciosas en la oscuridad. Nadie tenía ganas de hablar...

Puck se agitaba en su cama. Prestó oído. Las respiraciones de Inger y Navio acabaron por hacerse profundas y rítmicas; no así la de Merete...

Puck, a través de la ventana, contemplaba la luna, cuya luz invadía el cuarto.

Y súbitamente se dio cuenta de algo: Merete estaba de pie, vistiéndose...

— Merete — exclamó Puck —. ¿Qué haces?

— Me visto —respondió brevemente—. Creí que todas dormíais... Tengo dolor de cabeza y voy a dar una vuelta.

Puck se sentó vivamente en su cama y dijo en voz baja:

— Estás completamente loca, Merete... No puedes ir a pasear a estas horas... Está prohibido por el reglamento. ¡Podrían echarte de la escuela!

— ¡Bah! —exclamó simplemente Merete, y siguió vistiéndose.

Pero Puck se levantó y forzó a su compañera a sentarse.

— No, Merete... Sé razonable... Vuelve a la cama. Tu dolor de cabeza pasará durmiendo.

— Es inútil —dijo Merete—. No necesito tu compasión. Anda, vuelve tú a la cama...

— ¡No! —respondió Puck con energía—. No me acostaré hasta que tú lo hagas.

La voz de Merete estaba llena de sorpresa.

— ¿Qué te importa lo que yo haga?

— Sí me importa, Merete. Es mi deber de compañera... y amiga.

— Yo no soy tu amiga.

Puck suspiró.

— No, y lo siento.

— ¿Por qué lo sientes? Ninguna alumna me quiere. ¿Por qué quieres tú ser mi amiga?

— ¿Podrías soportar oír la verdad, Merete?

— Creo que sí.

— Verás, si no te opones, te diré lo que pienso. Y si quieres, puedes enfadarte conmigo...

— No...

— Perfecto entonces — dijo Puck —. No conozco a tú familia, pero comprendo que tus padres han debido de mimarte mucho. Es cierto que aquí nadie te quiere, pero eso no debe ser nuevo para ti, ya que te muestras orgullosa y desdeñosa y no es así como se ganan las amistades. ¿Nunca has tenido una verdadera amiga, Merete?

— No, nunca.

— Eres bonita, inteligente, brillante... ¡Qué pena que no hayas sabido hacerte querer por nadie!

Merete permaneció un rato silenciosa y quieta, luchando con sus lágrimas.

Después se echó en brazos de Puck, sollozando. Puck la acarició y consoló como supo.

— Oh, Bente... Soy muy desgraciada...

— Vamos, vamos, Merete, tranquilízate... Tengo el presentimiento de que todo irá bien ahora. ¿Qué te parece si nos acostamos?



—Sí — sollozó la chiquilla —. Ya no tengo tanto dolor de cabeza.

Cuando Merete estuvo acostada, Puck le dio un cachecito amistoso y le dijo:

— Duerme, locuela...

— Gracias, Bente... Y tú duerme también.

Pero Puck fue incapaz de dormirse. Con los ojos muy abiertos contemplaba el techo.

Los pensamientos bullían en su cabeza. Qué suerte que Inger y Navio no se hubieran despertado... Ahora tal vez todo se arreglaría...

Puck entonces oyó a Merete llorar dulcemente. Y eso no le disgustó. Era un buen signo aquel llanto pausado y suave...



Al día siguiente, Merete pareció estar recobrando su equilibrio. Arreglándose ante el espejo, no dijo gran cosa, pero no tenía su aire provocativo habitual. Se hubiera dicho que evitaba mirar a Puck, como si quisiera olvidar lo sucedido anoche...

Hubo muchas miradas intrigadas a la hora del desayuno, pero

Merete fingió no darse cuenta. Entonces tomó de nuevo su servilleta y... ningún papel apareció debajo. Todo el mundo respiró tranquilo.

El día se inició con clase de caligrafía. No era en modo alguno la materia preferida de los alumnos, pero había que pasar por ello...

Merete abrió su pupitre para tomar el cuaderno... y se envaró. En el fondo, por cuarta vez, se veía la misma caricatura y un texto que decía:

DEBEMOS INCLINARNOS ANTE LA SIN IGUAL ACTRIZ DE CINE
MERETE DAHL...

SERÁ TODO UN ACONTECIMIENTO

VER SU ORGULLO BRILLAR EN EL FIRMAMENTO...

Merete dejó caer la tapa del pupitre con estruendo. El profesor de caligrafía dijo:

— Merete..., no es necesario hacer tanto ruido.

— Perdone — dijo Merete simplemente, y abrió su cuaderno.

Puck, sentada detrás de Merete, se había dado cuenta de sus reacciones, ¿se trataría de nuevo de la dichosa caricatura?

Durante el recreo se le acercó y, tomándola del brazo, le dijo:

— Merete... ¿Qué te ha ocurrido cuando has abierto el pupitre?

— Nada — respondió Merete, evasiva —. ¡Y es inútil que me tomes del brazo, sé caminar sola!

Puck la soltó y dijo con calma:

— Sí, claro, naturalmente, Merete. No te lo preguntaba por curiosidad, sino para ayudarte en tus problemas.

— ¿Qué problemas?

— No puedo asegurar nada, pero me ha parecido que hallabas algo desagradable en el pupitre al abrirlo, ¿no es así?

— Sí...

— ¿Puedo ayudarte?

Merete miró a sus compañeros y después tendió el papel a Puck.

— Míralo...

Puck le echó una ojeada y leyó la estrofa. Después le devolvió el papel y dijo decidida:

— Es preciso acabar con esas bromas.

Merete la miró con atención.

— ¿Es, pues, Inger quien las escribe?

— ¿Inger? —exclamó Puck sorprendida—. ¡Qué equivocada estás! En todo el pensionado no hay nadie tan formal, dulce,

comprensiva y buena como Inger.

— Es que no la conozco bien — dijo Merete.

— No, por desdicha para ti, Merete, ya que difícilmente hallarás una amiga más buena y noble.

Un momento después, Puck añadía:

— Me parece que esas caricaturas son unas bromas bobas... y debemos terminar con ellas.

— ¿Cómo?

— Déjame arreglarlo a mí, Merete. Tengo una ligera sospecha...

Merete se pasó la mano por los ojos.

— No comprendo por qué te tomas tantas molestias por mi causa.

— No, Merete —dijo Puck—. No trates de comprender. No podrías, ya que tú nunca te has interesado por los demás.

Merete estuvo en un tris de enfadarse de nuevo, pero consiguió dominarse.

Puck estaba jugando con fuego y lo sabía. No desperdiciaba ocasión de cantarle las verdades a aquella chiquilla mimada... Era todo un riesgo. Pero Puck pensaba que valía la pena correrlo.

* * *

Después de las clases, Merete fue a pasear sola. No tenía deseos de estar con nadie, ni con Puck. Su moral era muy baja, pero en su interior estaba haciendo un sincero examen de conciencia.

¡Puck se mostraba tan buena con ella, y si le decía «las cuatro verdades» era por su bien! Sólo le quedaba a Merete una pequeña duda: ¿no estaría Puck haciendo todo aquello para que ella dejara de molestar a Inger?

Merete bordeó el lago Ege durante largo rato y luego regresó a la escuela...

También Puck había salido en busca de Alboroto y Cavador.

Después de larga búsqueda, los halló en el sótano, nutriendo sus queridas ratitas blancas.

— Bien —les dijo—, es preciso que tengamos una seria charla.

Alboroto la calmó:

— Querida Puck, vas a poner nerviosas las ratas si gritas tanto. ¿De qué se trata?

Puck se sentó en un banco.

— Sois un par de bandidos de envergadura — dijo.

— Algunas personas piensan así — reconoció Alboroto, con orgullo—. Pero, ¿tienes acaso una razón particular para decirlo?

— Sabes perfectamente a qué me refiero — dijo Puck con energía—. Convinimos en que me ayudaríais de modo razonable, pero lo que estáis haciendo con la pobre Merete es demasiado. Está a punto de volverse loca.

— ¡Hum! —exclamó Alboroto—. Dime, Cavador, ¿comprendes algo de lo que está diciendo esta damita?

— Ni una sílaba — afirmó Cavador con expresión inocente.

— ¡Basta! — exclamó entonces Puck —. Para que no haya malentendidos os diré una cosa: ¡debéis cesar inmediatamente de enviar estúpidas caricaturas a Merete, y versos más estúpidos todavía!

Alboroto levantó los ojos al techo.

—Querido Cavador..., Puck delira.

— Sí, decididamente —apoyó Cavador—. Qué lástima... Porque era una chica encantadora. Pero sin duda ha contraído alguna enfermedad desde otro ángulo.

— Voy a recordaros algo, queridos bandidos, y es mi promesa de helados y refrescos... Pues bien, doblo la oferta si dejáis de molestar a Merete.

— ¡Vaya, vaya! —Alboroto aprobó con la cabeza—. Ésas son palabras sensatas, pequeña Puck. ¿Qué opinas tú, Cavador?

— Enteramente de tu opinión, amigo mío.

Alboroto dijo entonces:

— Te prometemos que no habrá más caricaturas... Pero, además del dinero para los helados y refrescos (que iremos a tomarnos inmediatamente), debemos ser resarcidos de los gastos ocasionados en nuestro «trabajo»: sellos de correo, papel, etc...

— Está bien — dijo Puck, tendiendo el dinero a Alboroto—. Tomad y que os aproveche...

Los dos amigos sonreían de oreja a oreja cuando Puck se iba del sótano. Apenas había llegado arriba, cuando Merete la tomó del brazo y le dijo:

— ¿No quieres ir a dar un paseo conmigo hasta el lago, Bente?

— Sí, con mucho gusto — respondió Puck, muy extrañada de ver cómo Merete la tomaba cariñosamente del brazo, como buena amiga.

Caminaron hacia el banco y Merete dijo:

— ¿Nos sentamos un poco?

— Sí, sentémonos. La vista aquí es maravillosa.

Se sentaron y contemplaron el lago. La isleta del centro, el pantano del oeste, las ondulantes colinas del sur..., todo era idílico...



Merete, entonces, puso la mano en el brazo de Puck.

— Bente...

— Sí...

— He oído todo lo que has hablado con Alboroto y Cavador en el sótano.

— ¿Cómo?

— Al pasar delante del ventanuco, he oído vuestras voces y mi nombre... Y no he podido resistir la tentación...

La voz de Merete se hizo queda, queda. .

— Nunca... hubiera sospechado que alguien pudiera ser tan gentil y bueno conmigo... Les has dado cuarenta coronas para que me dejen tranquila...

—

Normalmente, Puck sabía salir airosa de cualquier situación, pero entonces apenas pudo dominar sus emociones. Pasó un brazo por los hombros de Merete y dijo unas cuantas palabras cariñosas. ¡Pensar que tenía junto a su corazón a la rebelde y arisca Merete Dahl! Era demasiado hermoso para ser cierto...

Los sollozos de Merete fueron desapareciendo y finalmente dijo, con voz temblorosa:

— Bente... ¿Me permites que te llame Puck, como las otras?

* * *

La paz idílica que reinaba habitualmente en el «Trébol de Cuatro Hojas» había reaparecido. Sin omitir nada, Merete lo contó todo a

Inger y Navio... Habló de la carta recibida, de su decepción de Sundkoebing, de las diversas caricaturas acompañadas por versos, de lo que había escuchado en la ventana del sótano...

Y concluyó:

— Siento haberme portado tan mal, pero de ahora en adelante trataré de ser mejor. Tal vez no lo consiga del todo... Puck dice que me han mimado demasiado, pero...

Puck dijo:

— ¡Todo irá bien ahora, Merete! Ten confianza.

— Sí — dijo Inger, sonriendo por primer vez en muchas semanas.

Merete le tendió la mano.

— Tú eres quien más ha de perdonarme, ya que contigo he sido especialmente desagradable.

— ¡Oh! —protestó Inger, débilmente.

— Sí, no disimules, Inger... Merete ha sido una verdadera peste... pero puesto que lo reconoce no hay motivo alguno para que a partir de ahora no seamos buenas amigas.

* * *

Por la tarde, las chiquillas del «Trébol de Cuatro Hojas» se dirigieron en barca a la isla del Caballero Volmer, donde pasaron una hora muy agradable. Merete se sentía feliz y tranquila como nunca y pensaba que el pensionado de Egeborg era el mejor del mundo y sus compañeras las más maravillosas de la tierra...

¡Sí, sin duda lo eran!

El sol se ocultaba ya detrás del bosque del oeste, cuando decidieron regresar. En el embarcadero amarraron la barquita y, unidas de las manos, se encaminaron hacia la escuela.

Muchas miradas asombradas las contemplaban. Nadie comprendía cómo la horrible Merete se había hecho tan buena amiga de Puck, Navio e Inger.

Los días siguientes, los demás alumnos pudieron comprobar que aquello no era un capricho pasajero. Las muchachitas del «Trébol de Cuatro Hojas» iban siempre juntas, y se veía a la legua que la expresión de Merete había cambiado. Si alguien preguntaba a Puck por aquel cambio, ella respondía:

— Es natural que seamos buenas amigas, ¿no? ¡Todos lo somos en el pensionado!

Merete había confesado a sus tres compañeras que le gustaría estudiar botánica como su padre, y eso inspiró a Puck la idea de ir a hacerle una visita al señor Piil, el jardinero. Éste acogió a las chicas amablemente, pero sin gran interés.

Sin embargo, su tono cambió cuando Puck le dijo:

—Perdone la molestia, señor Piil, pero es que Merete está muy interesada en las flores. Claro que es natural, siendo hija de... Henrik Dahl...

El jardinero abrió dos ojos como dos platos.

— Henrik Dahl, el célebre botánico... Oh, cielos... ¿Eres la hija de Henrik Dahl?

Merete no pudo evitar reírse.

— Sí, señor Piil. Yo también seré botánica. Y me gustaría ver sus flores, si no le molesta.

— ¿Molestarme? —El jardinero casi se quedó sin aliento—. Tú no me molestarás nunca, nunca... Ven, ven conmigo... Te enseñaré unas plantas exóticas que...

Durante una hora, el grupito visitó los invernaderos de Piil, que se sentía muy orgulloso. Quedó impresionado por los conocimientos en botánica de Merete, que quedó convertida en su favorita.

Después de aquella inspección, les hizo servir en su casita frutas, pasteles y refrescos, y Merete tuvo que prometerle formalmente que repetiría a menudo sus visitas.

Mientras las chiquillas regresaban al pensionado, Navio dijo:

— ¡Qué festín! Tal vez no sea mala idea aficionarse a la botánica.

Puck rio.

— Según Piil — dijo —, no hay nada mejor en el mundo. No dejes de contarle eso a tu padre, Merete.

— No lo dudes...

Cuando ya alcanzaban la entrada, la señora Frank apareció en un rincón del jardín, y dijo:

— Bente, ven a echarme una mano...

— Sí, señora —repuso la chiquilla con animación.

En cuanto estuvieron solas, la joven señora comentó:

— Bien, Bente, según parece todo va bien...

— Maravillosamente, señora —reconoció Puck—. Somos grandes amigas y la vida en el «Trébol de Cuatro Hojas» es muy

agradable...

La señora Frank sonrió, muy contenta.

— Mi marido quisiera hablarte antes de la cena..., pero ahora podrías confiarme cómo lo has hecho para triunfar de este modo.

Puck dudó un poco.

— No es nada del otro jueves... Más bien se lo debo todo a Alboroto y Ca... Quiero decir a Hugo y Henrik. Ellos han hecho el milagro. Sólo por casualidad yo he tenido un papel en el asunto.

— La modestia es una virtud — dijo la señora Frank—, pero no hay que exagerar de todos modos. ¿Me ayudas a llevar este cesto, Bente?

— Sí, señora — respondió Puck, alegremente, y levantó el cesto, que no era muy pesado.

Cuando llegaron a la puerta de la cocina, Thora, la cocinera, tomó el cesto. La señora Frank dijo entonces a Puck:

— Gracias por tu ayuda. Y no sólo por el cesto, sino especialmente por Merete.

Y acarició la mejilla de Puck, concluyendo:

— ¡Lo has hecho estupendamente..., Puck!

Puck hizo una pequeña reverencia y se alejó satisfecha.

Al llegar a la entrada principal se encontró con Alboroto y Cavador que subían de visitar sus ratas. Aquel par de diablillos cuidaban a los blancos roedores con tanto mimo y destreza, que no había sin duda en el mundo ratas más felices que las suyas.

— Hola, Puck —dijo Alboroto—. ¿Todo bien?

— Perfecto —dijo ella.

Alboroto se rascó la nuca.

— ¡Hum! Me alegro... Pero hay algo que quisiéramos saber, Puck... Nosotros pusimos a Merete loca, furiosa... ¿Cómo es, pues, que haya cambiado tanto y os hayáis hecho tan buenas amigas?

— Eso era precisamente lo que yo pretendía cuando vine a hablaros, archibandidos. ¿No lo recordáis?

— Ah, claro, naturalmente... Pero Cavador y yo lo que queríamos era divertirnos un poco a costa de esa locuela de Merete... Y ahora resulta que... ¡No, no! No entiendo nada de nada...

Puck le dio un golpecito amistoso en los hombros.

— Es decir, que vosotros hicisteis cuanto pudisteis para

estropearlo todo... ¡Bien, bien, os lo agradezco infinito!

— ¿Nos lo agradeces?

Alboroto parecía atónito.

Puck rió:

— Oh, sí, muchísimo, queridos amigos. Me habéis hecho un favor grandísimo.

Desapareció por una esquina, y Alboroto miró a su amigo desolado.

— Cavador, ¿comprendes tú a las chicas?

— Me parece que no.

— Puck es un poco distinta de las demás, es cierto...

— Bastante distinta, Alboroto. No acabo de comprender cómo lo ha hecho para cambiar a Merete en tan poco tiempo.

— Yo tampoco, Cavador. Primero nos pide que hagamos lo que se nos ocurra para aguijonear a Merete...

— Que, por cierto, lo que se nos ocurrió fue algo verdaderamente brillante.

Alboroto sonrió al asentir modestamente:

— Cierto. No se puede negar que nuestras mentes mantienen vivas sus ingeniosas cualidades; sobre todo la mía.

Cavador añadió, discretamente:

— Y la mía también.

— Bien; lo que decía, querido amigo — prosiguió Alboroto —, es que, después de cumplir el encargo de Puck a la perfección. ..

— Perfecta perfección — puntualizó Cavador.

— Ahora ésta nos ruega con poderosos argumentos...

— ¡Y tan poderosos! ¡Helados y refrescos abundantes!

— ...que cesemos en nuestras eficaces actividades —concluyó Alboroto.

Ambos muchachos salieron, mientras Cavador ponía una mano en el hombro de su compañero.

— Amigo Alboroto — le dijo —, vale más no intentar analizar a las mujeres y tomárselas tal como son.

Su amigo se limitó a asentir gravemente con la cabeza ante tan sabia reflexión, y ambos se fueron hacia las cocinas, para tratar de «pescar» algo del postre que luego se serviría.

* * *



Puck tuvo una breve entrevista con el director en su despacho. Ella le explicó con palabras prudentes cómo había sucedido las cosas, y el señor Frank, que era un hombre delicado, no hizo preguntas superfluas. ¡Adivinaba fácilmente lo que Puck no quería decir!

Al terminar estrechó la mano de la muchachita cordialmente.

— Bien, no necesito saber más, Bente. ¡Ya sabes lo importante que es para mí el que los alumnos de Egeborg se lleven bien entre ellos!

Cuando Puck estaba ya en la puerta, despidiéndose con una reverencia, el señor Frank la llamó de nuevo:

— A propósito, Bente, esta noche tú y las demás ocupantes del «Trébol de Cuatro Hojas» podéis acostaros una hora más tarde. Mi esposa quiere servirlos chocolate y pasteles en el salón.

Cuando Puck comunicó esta invitación a sus amigas del «Trébol de Cuatro Hojas», Navio gritó:

— ¡Lo has hecho muy bien, Puck!



Ésta sonrió maliciosamente.

— ¿Tú crees, Navio? No sé qué hubiera sido de nosotras si Alboroto y Cavador no fueran ese par de traviesos chicos incomparables...

F I N